

El diamante del rajá - Robert Louis Stevenson

[The Project Gutenberg eBook of New Arabian Nights, by Robert Louis Stevenson](#)

Traducción: Elejandría

EL DIAMANTE DEL RAJÁ

HISTORIA DEL SOMBRERO

Hasta los dieciséis años, primero en un colegio privado y después en uno de esos grandes establecimientos por los que Inglaterra es justamente famosa, Mr. Harry Hartley había recibido la educación ordinaria de un caballero. A esa edad manifestó un desapego notable por el estudio; y como su único progenitor superviviente era a la vez débil e ignorante, se le permitió en adelante consagrar su tiempo al cultivo de habilidades menudas y puramente decorativas. Dos años después quedó huérfano y casi sin un cuarto. Para cualquier ocupación activa o laboriosa, Harry estaba incapacitado tanto por naturaleza como por educación. Sabía cantar romanzas sentimentales y acompañarse con discreción al piano; era un jinete gallardo aunque tímido; tenía una marcada afición al ajedrez; y la naturaleza lo había enviado al mundo con uno de los exteriores más agradables que cabe imaginar. Rubio y sonrosado, con ojos de paloma y una sonrisa apacible, tenía un aire de ternura y melancolía encantadoras, y los modales más sumisos y cariñosos. Pero dicho todo esto, no era el hombre llamado a conducir ejércitos ni a dirigir los consejos de Estado.

Un golpe de fortuna y ciertas influencias le procuraron a Harry, en el momento de su orfandad, el puesto de secretario particular del Mayor General Sir Thomas Vandeleur, C.B. Sir Thomas era un hombre de sesenta años, vociferante, ruidoso y autoritario. Por

alguna razón, algún servicio cuya naturaleza había sido susurrada a menudo y repetidamente desmentida, el Rajá de Kashgar había obsequiado a este oficial con el sexto diamante más conocido del mundo. El regalo transformó al General Vandeleur de hombre pobre en hombre rico, de soldado oscuro e impopular en uno de los leones de la sociedad londinense; el poseedor del Diamante del Rajá era bienvenido en los círculos más exclusivos; y había encontrado una dama, joven, hermosa y de buena cuna, dispuesta a llamar suyo aquel diamante incluso al precio de casarse con Sir Thomas Vandeleur. Se decía comúnmente entonces que, como se atraen lo semejante, una joya había atraído a otra; ciertamente Lady Vandeleur no era solo una gema de primera agua en su propia persona, sino que se mostraba al mundo en un engaste muy costoso; y era considerada por muchas autoridades respetables como una de las tres o cuatro mujeres mejor vestidas de Inglaterra.

Las obligaciones de Harry como secretario no eran especialmente gravosas; pero sentía aversión por todo trabajo prolongado; le dolía ensuciarse los dedos de tinta; y los encantos de Lady Vandeleur y sus toilettes lo apartaban con frecuencia de la biblioteca al tocador. Tenía las maneras más primorosas entre las mujeres, sabía hablar de modas con deleite, y nunca era más feliz que cuando comentaba un tono de cinta o salía a un recado a casa de la modista. En suma, la correspondencia de Sir Thomas cayó en un lamentable atraso, y milady tuvo otra doncella.

Al fin el General, que era el menos paciente de los jefes militares, se levantó de su asiento en un violento acceso de cólera e indicó a su secretario que ya no tenía necesidad de sus servicios, con uno de esos gestos explicativos que rarísimas veces se emplean entre caballeros. Como la puerta estaba desgraciadamente abierta, Mr. Hartley cayó rodando escaleras abajo de cabeza.

Se levantó algo contusionado y muy profundamente agraviado. La vida en casa del General le convenía perfectamente; se movía, en pie de mayor o menor igualdad, en compañía muy distinguida; hacía poco; comía de lo mejor; y le procuraba una satisfacción tibia la

presencia de Lady Vandeleur, a la que, en su fuero interno, daba un nombre más enfático.

Nada más recibir el puntapié militar, corrió al tocador y narró sus cuitas.

—Ya sabes de sobra, querido Harry —respondió Lady Vandeleur, pues le llamaba por el nombre como a un niño o un criado doméstico—, que nunca por casualidad haces lo que te manda el General. Lo mismo me pasa a mí, podrías decir. Pero eso es distinto. Una mujer puede ganarse el perdón por un buen año de desobediencia con una sola sumisión hábil; y además, nadie está casado con su secretario particular. Lo sentiré al perderte; pero ya que no puedes quedarte más tiempo en una casa donde te han insultado, te desearé adiós, y te prometo hacérsela pagar al General por su comportamiento.

El semblante de Harry se ensombreció; se le llenaron los ojos de lágrimas y miró a Lady Vandeleur con tierno reproche.

—Milady —dijo—, ¿qué es un insulto? Tendría en poco a quien no pudiera perdonarlos por docenas. Pero abandonar a los amigos; romper los lazos del afecto...

No pudo continuar, pues la emoción le ahogaba, y rompió a llorar.

Lady Vandeleur le miró con una expresión curiosa. «Este pequeño tonto —pensó— se imagina estar enamorado de mí. ¿Por qué no ha de convertirse en criado mío en vez de serlo del General? Es bondadoso, complaciente y entiende de ropa; y además, así no se meterá en líos. Es, positivamente, demasiado guapo para andar suelto.» Aquella noche habló con el General, que ya estaba algo avergonzado de su vivacidad; y Harry fue transferido al departamento femenino, donde su vida era poco menos que celestial. Iba siempre impecablemente vestido, lucía flores delicadas en el ojal y sabía entretener a una visita con tacto y amabilidad. Sentía orgullo en la servidumbre de una mujer hermosa; recibía los mandatos de Lady Vandeleur como otros tantos favores; y tenía a

bien exhibirse ante otros hombres que le desdeñaban y despreciaban, en su papel de doncella masculina y modisto. Ni podía decirse satisfecho bastante de su existencia desde un punto de vista moral. La maldad le parecía un atributo esencialmente masculino, y pasar los días con una mujer delicada, ocupado principalmente en pasamanerías, era habitar una isla encantada en medio de las tormentas de la vida.

Una mañana apacible entró en el salón y empezó a ordenar unas partituras encima del piano. Lady Vandeleur, al otro extremo de la estancia, hablaba con cierta animación con su hermano, Charlie Pendragon, un hombre mayor que joven, muy estragado por la disipación y con una cojera notable en un pie. El secretario particular, a cuya entrada no prestaron atención, no pudo evitar escuchar parte de su conversación.

—Hoy o nunca —decía la dama—. De una vez y para siempre, hoy se hará.

—Hoy, si es preciso —respondió el hermano con un suspiro—. Pero es un paso en falso, un paso ruinoso, Clara; y lo lamentaremos amargamente.

Lady Vandeleur miró a su hermano fija y un tanto extrañamente a los ojos.

—Olvidas —dijo— que el hombre tiene que morir de todas formas.

—A fe mía, Clara —dijo Pendragon—, creo que eres el bribón más despiadado de Inglaterra.

—Vosotros los hombres —respondió ella— estáis contruidos de forma tan tosca que nunca podéis apreciar un matiz de significado. Sois vosotros mismos rapaces, violentos, inmodestos, indiferentes a las distinciones; y sin embargo el menor pensamiento de previsión os escandaliza en una mujer. No tengo paciencia para semejantes tonterías. En un banquero vulgar despreciaríais la imbecilidad que esperáis encontrar en nosotras.

—Probablemente tienes razón —respondió el hermano—; siempre fuiste más lista que yo. Y de todas formas, ya sabes mi lema: la familia ante todo.

—Sí, Charlie —respondió ella, cogiéndole la mano—, conozco tu lema mejor de lo que lo conoces tú. «¡Y Clara antes que la familia!» ¿No es esa la segunda parte? En verdad eres el mejor de los hermanos, y te quiero de corazón.

Mr. Pendragon se levantó, un tanto turbado por estas muestras de afecto familiar.

—Mejor que no me vean —dijo—. Me sé el papel a la perfección, y vigilaré al Gato Manso.

—Hazlo —respondió ella—. Es una criatura abyecta y podría echarlo todo a perder.

Le mandó un beso con la punta de los dedos con delicadeza; y el hermano salió por el tocador y la escalera de servicio.

—Harry —dijo Lady Vandeleur, volviéndose hacia el secretario en cuanto quedaron solos—, tengo un encargo para usted esta mañana. Pero irá en coche de punto; no puedo permitir que mi secretario se llene de pecas.

Pronunció estas últimas palabras con énfasis y una mirada de orgullo casi maternal que produjo una gran satisfacción al pobre Harry; y él se declaró encantado de tener ocasión de servirla.

—Es otro de nuestros grandes secretos —prosiguió ella en tono jovial—, y nadie debe saberlo salvo mi secretario y yo. Sir Thomas armaría el mayor de los alborotos; ¡y si supiera lo cansada que estoy de estas escenas! Oh, Harry, Harry, ¿puede usted explicarme por qué los hombres son tan violentos e injustos? Pero en fin, sé que no puede; usted es el único hombre en el mundo que no conoce esas pasiones vergonzosas; usted es tan bueno, Harry, y tan

amable; usted, al menos, puede ser amigo de una mujer; ¿y sabe que creo que los demás parecen más feos por comparación?

—Es usted —dijo Harry galantemente— quien es tan amable conmigo. Me trata usted como...

—Como una madre —interrumpió Lady Vandeleur—; intento ser una madre para usted. O más bien —se corrigió con una sonrisa—, casi una madre. Me temo que soy demasiado joven para serlo de veras. Digamos una amiga... una querida amiga.

Hizo una pausa lo bastante larga para que sus palabras surtieran efecto en el territorio sentimental de Harry, pero no tanto como para darle tiempo a responder.

—Pero todo esto se aparta de nuestro asunto —reanudó—. Encontrará una sombrerera en el lado izquierdo del armario de roble; está debajo del traje rosa que llevé el miércoles con mi Malinas. La llevará inmediatamente a esta dirección —y le entregó un papel—, pero no la suelte bajo ningún concepto hasta haber recibido un recibo escrito de mi puño y letra. ¿Lo entiende? Respóndame, por favor... ¡respóndame! Esto es de suma importancia y debo pedirle que preste atención.

Harry la tranquilizó repitiendo sus instrucciones a la perfección; y ella estaba a punto de decirle más cuando el General Vandeleur irrumpió en la estancia, encarnado de ira, sosteniendo en la mano una larga y elaborada factura de modistería.

—¿Quiere mirar esto, señora? —exclamó—. ¿Tendrá la bondad de mirar este documento? Bien sé que se casó usted conmigo por mi dinero, y confío en ser tan tolerante como cualquier otro hombre del servicio; pero, tan cierto como que Dios me creó, me propongo poner fin a esta prodigalidad deshonrosa.

—Mr. Hartley —dijo Lady Vandeleur—, creo que ya sabe lo que tiene que hacer. ¿Puedo pedirle que lo atienda enseguida?

—Un momento —dijo el General, dirigiéndose a Harry—, una palabra antes de irse. —Y volviéndose de nuevo a Lady Vandeleur —: ¿Cuál es el recado de este sujeto precioso? —exigió—. No me fío de él más de lo que me fío de usted, se lo advierto. Si tuviera el más rudimentario sentido del honor, se avergonzaría de seguir en esta casa; y lo que hace por su sueldo es un misterio para todo el mundo. ¿Cuál es su recado, señora? ¿Y por qué lo despacha usted tan aprisa?

—Supuse que tenía algo que decirme en privado —respondió la dama.

—Habló usted de un recado —insistió el General—. No intente engañarme en mi actual estado de ánimo. Habló usted claramente de un recado.

—Si insiste usted en hacer a sus criados testigos de nuestras humillantes rencillas —respondió Lady Vandeleur—, quizá sería mejor que le pidiera a Mr. Hartley que se sentara. ¿No? Pues entonces puede retirarse, Mr. Hartley. Confío en que recuerde todo lo que ha oído en esta habitación; podría serle útil.

Harry aprovechó de inmediato para escapar del salón; y mientras subía las escaleras podía oír la voz del General alzada en declamación y los tonos finos de Lady Vandeleur clavando heladas réplicas en cada apertura. ¡Cuánto admiraba a la esposa! ¡Con qué habilidad esquivaba una pregunta comprometida! ¡Con qué segura desfachatez repetía sus instrucciones ante las mismas narices del enemigo! Y por otro lado, ¡cuánto detestaba al marido!

No había nada desacostumbrado en los sucesos de aquella mañana, pues estaba continuamente en el hábito de servir a Lady Vandeleur en misiones secretas, relacionadas principalmente con la modistería. Había un esqueleto en aquella casa, como él sabía muy bien. La extravagancia sin fondo y las deudas ignoradas de la esposa habían devorado hacía tiempo su propia fortuna y amenazaban día tras día con tragarse la del marido. Una o dos

veces al año la exposición y la ruina parecían inminentes, y Harry andaba de un lado a otro por toda suerte de tiendas de proveedores, contando pequeñas mentiras y pagando pequeños anticipos sobre el total, hasta que se sorteaba otro plazo y la dama y su fiel secretario respiraban de nuevo. Pues Harry, en doble calidad, estaba en cuerpo y alma del lado de aquella guerra: no solo adoraba a Lady Vandeleur y temía y le desagradaba su marido, sino que por naturaleza simpatizaba con el amor al lujo, y su único extravagante gasto personal era el sastre.

Encontró la sombrerera donde le habían indicado, arregló su toilette con cuidado y salió de la casa. Brillaba el sol; la distancia que había de recorrer era considerable, y recordó con consternación que la irrupción repentina del General había impedido a Lady Vandeleur darle dinero para el coche. En aquel día sofocante había muchas posibilidades de que su tez sufriera considerablemente; y caminar por tanta parte de Londres con una sombrerera al brazo era una humillación casi insoportable para un joven de su carácter. Se detuvo a deliberar consigo mismo. Los Vandeleur vivían en Eaton Place; su destino estaba cerca de Notting Hill; podía, evidentemente, cruzar el parque manteniéndose bien en campo abierto y evitando las avenidas concurridas; y dio gracias a su buena suerte al reflexionar que era todavía relativamente temprano.

Ansioso por deshacerse de su carga, caminaba algo más aprisa de lo acostumbrado, y ya se había internado un buen trecho por los jardines de Kensington cuando, en un paraje solitario entre árboles, se encontró de frente con el General.

—Le ruego me disculpe, Sir Thomas —observó Harry, retirándose cortésmente a un lado, pues el otro se interponía directamente en su camino.

—¿Adónde va usted? —preguntó el General.

—Doy un paseo entre los árboles —respondió el muchacho.

El General golpeó la sombrerera con su bastón.

—¿Con eso? —exclamó—. ¡Miente usted, y lo sabe!

—En verdad, Sir Thomas —respondió Harry—, no estoy acostumbrado a que me interroguen en ese tono.

—No comprende usted su posición —dijo el General—. Es usted mi criado, y un criado hacia quien he concebido las más serias sospechas. ¿Cómo sé que esa caja no está llena de cucharillas?

—Contiene un sombrero de copa de un amigo —dijo Harry.

—Muy bien —respondió el General Vandeleur—. Pues entonces quiero ver el sombrero de copa de su amigo. Tengo —añadió con sequedad— una singular curiosidad por los sombreros; y creo que me conoce usted como algo terco.

—Le ruego me disculpe, Sir Thomas, lo siento muchísimo —se excusó Harry—; pero es verdad que esto es un asunto privado.

El General le aferró bruscamente por el hombro con una mano mientras alzaba el bastón en actitud muy amenazadora con la otra. Harry se dio por perdido; pero en ese mismo instante el Cielo le deparó un defensor inesperado en la persona de Charlie Pendragon, que salió en ese momento de detrás de los árboles.

—Vamos, vamos, General, frene usted el brazo —dijo—; eso no es ni cortés ni viril.

—¡Ajá! —exclamó el General, volviéndose sobre su nuevo antagonista—. ¡Mr. Pendragon! ¿Y supone usted, Mr. Pendragon, que por haber tenido la desgracia de casarme con su hermana voy a dejarme espiar y contrariar por un libertino desacreditado y arruinado como usted? Mi trato con Lady Vandeleur, señor, me ha quitado todo el apetito por el resto de su familia.

—¿Y cree usted, General Vandeleur —replicó Charlie—, que porque mi hermana haya tenido la desgracia de casarse con usted ha renunciado por ello a sus derechos y privilegios como dama? Reconozco, señor, que con ese acto hizo todo lo que estaba en su

mano para degradar su posición; pero para mí sigue siendo una Pendragon. Me arrego la misión de protegerla de ultrajes contra el decoro, y aunque fuera usted diez veces su marido no permitiría que se coartara su libertad ni que se detuviera violentamente a sus mensajeros privados.

—¿Qué me dice a eso, Mr. Hartley? —interrogó el General—. Mr. Pendragon es de mi opinión, al parecer. Él también sospecha que Lady Vandeleur tiene algo que ver con el sombrero de copa de su amigo.

Charlie comprendió que había cometido un error imperdonable, que se apresuró a remediar.

—¿Cómo, señor? —exclamó—. ¿Que sospecho, dice usted? Yo no sospecho nada. Solo que donde veo que se abusa de la fuerza y un hombre brutaliza a sus inferiores, me tomo la libertad de intervenir.

Al decir estas palabras hizo una señal a Harry, que este era demasiado torpe o estaba demasiado alterado para comprender.

—¿Cómo debo interpretar su actitud, señor? —exigió Vandeleur.

—Pues como guste, señor —respondió Pendragon.

El General alzó de nuevo el bastón y lanzó un golpe a la cabeza de Charlie; pero este, con su pie cojo y todo, esquivó el golpe con el paraguas, se metió por dentro y al punto trabó combate con su formidable adversario.

—¡Corra, Harry, corra! —gritó—. ¡Corra, memo!

Harry se quedó un momento petrificado, mirando a los dos hombres que se balanceaban en ese fiero abrazo; luego se volvió y echó a correr a todo lo que daban sus piernas. Al echar una ojeada por encima del hombro vio al General tendido bajo la rodilla de Charlie, pero todavía haciendo esfuerzos desesperados por invertir la situación; y los jardines parecían haberse llenado de gente que acudía corriendo desde todas partes hacia la escena de la pelea.

Ese espectáculo prestó alas al secretario; y no aflojó el paso hasta haber ganado la carretera de Bayswater y haberse metido al azar por una calle lateral poco frecuentada.

Ver a dos caballeros de su conocimiento aporreándose de manera tan brutal causó honda consternación a Harry. Deseaba olvidar aquel espectáculo; deseaba, sobre todo, poner la mayor distancia posible entre él y el General Vandeleur; y en su afán por ello olvidó todo cuanto concernía a su destino, y siguió adelante de cabeza y temblando. Al recordar que Lady Vandeleur era la esposa de uno y la hermana del otro de aquellos gladiadores, su corazón se enterneció de compasión por una mujer tan lamentablemente mal situada en la vida. Hasta su propia situación en la casa del General le parecía a la luz de aquellas violencias menos halagüeña de lo habitual.

Había andado ya algún trecho, abstraído en estas cavilaciones, cuando un ligero tropiezo con otro transeúnte le recordó la sombrerera que llevaba al brazo.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿Dónde tenía la cabeza? ¿Adónde he venido a parar?

Dicho lo cual consultó el sobre que le había dado Lady Vandeleur. La dirección estaba allí, pero sin nombre alguno. Harry debía limitarse a preguntar por «el caballero que esperaba un paquete de Lady Vandeleur», y si no estaba en casa debía aguardar su regreso. El caballero, añadía la nota, debía presentar un recibo escrito de puño y letra de la propia señora. Todo aquello le parecía sumamente misterioso, y Harry quedó sobre todo asombrado por la omisión del nombre y la formalidad del recibo. Había reparado poco en esto último cuando lo oyó mencionar de pasada; pero al leerlo en frío y relacionarlo con los demás detalles extraños, se convenció de que estaba metido en asuntos peligrosos. Por un instante dudó de la propia Lady Vandeleur; pues le parecía que aquellos procedimientos oscuros eran algo indignos de una dama de tan alta condición, y se volvía más crítico cuando sus secretos se guardaban frente a él

mismo. Pero el imperio de ella sobre su espíritu era demasiado completo; desechó sus sospechas y se recriminó duramente por haberlas siquiera albergado.

En una cosa, sin embargo, coincidían su deber y su interés, su generosidad y sus temores: deshacerse de la sombrerera con la mayor prontitud posible.

Se dirigió al primer policía que encontró y le preguntó cortésmente el camino. Resultó que ya no estaba lejos de su destino, y un paseo de unos minutos le llevó a una casita en un callejón, recién pintada y cuidada con la más escrupulosa atención. El llamador y el tirador del timbre estaban muy pulidos; hierbas aromáticas en maceta adornaban los alféizares de las distintas ventanas; y cortinas de algún rico tejido ocultaban el interior a los ojos de los curiosos transeúntes. El lugar tenía un aire de recogimiento y secreto; y Harry se contagió tanto de ese espíritu que llamó con más discreción de la habitual, y se esmeró más de lo corriente en limpiar cualquier suciedad de sus botas.

Una criada de cierto atractivo personal abrió de inmediato la puerta, y pareció mirar al secretario con ojos no del todo hostiles.

—Este es el paquete de Lady Vandeleur —dijo Harry.

—Ya lo sé —respondió la criada con un asentimiento—. Pero el caballero no está en casa. ¿Lo deja usted conmigo?

—No puedo —contestó Harry—. Tengo instrucciones de no desprenderme de él sino con una condición, y me temo que debo pedirle que me deje esperar.

—Bueno —dijo ella—, supongo que puedo dejarle esperar. Estoy bastante sola, se lo aseguro, y usted no tiene pinta de comerse a una chica. Pero no pregunte por ningún concepto el nombre del caballero, pues eso no debo decírselo.

—¿De veras? —exclamó Harry—. Vaya, ¡qué raro! Pero desde hace algún tiempo ando entre sorpresas. Una pregunta creo que puedo hacerle sin indiscreción: ¿es él el dueño de esta casa?

—Es un huésped, y eso no lleva más de ocho días —respondió la criada—. Y ahora, pregunta por pregunta: ¿conoce usted a Lady Vandeleur?

—Soy su secretario particular —respondió Harry con un rubor de modesto orgullo.

—¿Es bonita? —prosiguió la criada.

—¡Oh, hermosísima! —exclamó Harry—. Asombrosamente bella, ¡y no menos buena y amable!

—Usted tiene también buen aspecto —replicó ella—, y apostaría que vale usted más que una docena de Lady Vandeleur.

Harry se escandalizó debidamente.

—¿Yo? —exclamó—. ¡Si soy solo un secretario!

—¿Me dice eso a mí? —dijo la chica—. Porque yo soy solo una doncella, si a usted le parece. —Y luego, aplacándose ante la visible confusión de Harry, añadió—: Sé que no quería decir nada de eso, y su cara me agrada; pero su Lady Vandeleur no me parece gran cosa. ¡Ah, estas señoras! —exclamó—. ¡Enviar a un verdadero caballero como usted... con una sombrerera... en pleno día!

Durante esta conversación habían permanecido en sus posiciones originales: ella en el umbral, él en la acera, con la cabeza descubierta por el calor y la sombrerera al brazo. Pero ante este último comentario, Harry, incapaz de soportar unos elogios tan a quemarropa sobre su aspecto ni la mirada alentadora que los acompañaba, empezó a cambiar de actitud y a mirar de un lado a otro con desasosiego. Al hacerlo volvió el rostro hacia el extremo inferior del callejón, y allí, para su indescriptible consternación, sus ojos se encontraron con los del General Vandeleur. El General, en

tremendo estado de agitación, calor y rabia, había estado recorriendo las calles a la caza de su cuñado; pero en cuanto divisó al secretario delincuente, su propósito cambió, su cólera fluyó hacia un nuevo cauce, y se dio la vuelta y vino trotando por el callejón con gestos y exclamaciones truculencias.

Harry se metió de un salto en la casa, empujando a la criada por delante; y la puerta se cerró de golpe ante las narices de su perseguidor.

—¿Hay cerrojo? ¿Se puede echar la llave? —preguntó Harry, mientras una andanada sobre el llamador hacía retumbar la casa de pared a pared.

—¿Pero qué le pasa a usted? —preguntó la criada—. ¿Es ese anciano?

—Como me eche el guante —susurró Harry—, soy hombre muerto. Me ha perseguido todo el día, lleva bastón-estoque y es un oficial militar de la India.

—¡Bonitas maneras! —exclamó la criada—. ¿Y cuál es, si se puede saber, su nombre?

—Es el General, mi amo —respondió Harry—. Viene por esta sombrerera.

—¿No se lo decía yo? —exclamó la criada triunfante—. ¡Le dije que su Lady Vandeleur no me parecía nada del otro mundo! Y si usted abriera los ojos ya podría ver por sí mismo lo que es. ¡Una desagradecida, ya me lo imagino!

El General redobló su ataque sobre el llamador, y su furia, creciendo con la tardanza, empezó a dar puntapiés y golpes en los tableros de la puerta.

—Menos mal —observó la chica— que estoy sola en la casa; su General puede aporrear hasta cansarse y no habrá quien le abra. ¡Sígame!

Dicho lo cual llevó a Harry a la cocina, donde le hizo sentarse, permaneciendo ella a su lado en actitud afectuosa, con una mano sobre su hombro. El estrépito en la puerta, lejos de amainar, seguía creciendo en volumen, y con cada golpe el desdichado secretario se estremecía hasta el tuétano.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó la chica.

—Harry Hartley —respondió él.

—El mío —prosiguió ella— es Prudencia. ¿Le gusta?

—Mucho —dijo Harry—. Pero escuche un momento cómo aporrean al General la puerta. Sin duda la echará abajo, y entonces, por el amor de Dios, ¿qué me espera sino la muerte?

—Se preocupa usted mucho sin razón —respondió Prudencia—. Que aporreé su General; no hará más que ampollas en las manos. ¿Cree que le iba a retener si no estuviera segura de poder salvarle? ¡Oh, no! Soy buena amiga con quienes me gustan, y tenemos una puerta trasera que da a otro callejón. Pero —añadió, deteniéndole, pues él se había puesto de pie al instante al escuchar esa bienvenida noticia— no le diré dónde está si no me da un beso. ¿Quiere, Harry?

—Claro que quiero —exclamó él, haciendo memoria de su galantería—, no por la puerta trasera, sino porque usted es buena y bonita.

Y le plantó dos o tres besos de buena ley, que le fueron devueltos en especie.

Entonces Prudencia le condujo a la puerta trasera y puso la mano en la llave.

—¿Vendrá a verme? —preguntó.

—Vendré sin falta —dijo Harry—. ¿No le debo la vida?

—Y ahora —dijo ella, abriendo la puerta—, corra con todas sus fuerzas, porque voy a abrir al General.

Harry apenas necesitaba ese consejo; el miedo le tenía cogido por el cuello; y se aplicó diligentemente a la fuga. A unos pocos pasos creía que escaparía de sus tribulaciones y regresaría a Lady Vandeleur con honor y salvo. Pero esos pocos pasos no habían sido dados cuando oyó la voz de un hombre que le llamaba por su nombre con grandes juramentos y, al volver la vista atrás, vio a Charlie Pendragon haciéndole señas con los dos brazos para que volviera. El impacto de este nuevo incidente fue tan repentino y profundo, y Harry estaba ya tan crispado por la tensión nerviosa, que no se le ocurrió nada mejor que acelerar el paso y seguir corriendo. Sin duda debería haber recordado la escena de los jardines de Kensington; sin duda debería haber concluido que, siendo el General su enemigo, Charlie Pendragon no podía ser otra cosa que un amigo. Pero tal era la fiebre y perturbación de su ánimo que ninguna de estas consideraciones le llegó, y se limitó a correr cada vez más aprisa por el callejón.

Charlie, a juzgar por su voz y los términos infames que lanzaba tras el secretario, estaba fuera de sí de rabia. También él corría cuanto podía; pero por más que se esforzaba, las ventajas físicas no estaban de su parte, y sus gritos y el batir de su pie cojo sobre el macadán empezaban a quedar cada vez más atrás en la estela.

Las esperanzas de Harry empezaron a renacer. El callejón era empinado y estrecho, pero sumamente solitario, bordeado a ambos lados por tapias de jardines cubiertas de follaje; y por donde alcanzaba la vista el fugitivo, no se veía ni un alma ni una puerta abierta. La Providencia, cansada de la persecución, le ofrecía ahora campo libre para su huida.

¡Ay! Al llegar a la altura de una puerta de jardín bajo un grupo de castaños, esta se abrió de golpe hacia dentro, y pudo ver al fondo, en un camino de jardín, la figura de un chico del carnicero con su bandeja al brazo. Apenas había reconocido el hecho cuando ya

había dejado varios pasos atrás al muchacho. Pero este había tenido tiempo de verle; evidentemente le sorprendió ver a un caballero pasar a un paso tan desacostumbrado; salió al callejón y empezó a llamar a Harry a voces con gritos de aliento irónico.

Su aparición dio una nueva idea a Charlie Pendragon, que, aunque estaba ya muy sin aliento, alzó de nuevo la voz.

—¡Al ladrón! —gritó.

Y al instante el chico del carnicero se sumó al grito y se unió a la persecución.

Fue un amargo momento para el secretario acosado. Es verdad que su terror le permitió mejorar de nuevo el paso y ganar terreno con cada zancada a sus perseguidores; pero sabía muy bien que estaba cerca del límite de sus fuerzas, y que si se encontraba con alguien de frente, su situación en aquel callejón estrecho sería desesperada.

«Tengo que encontrar un escondite —pensó—, y en los próximos segundos, o estoy perdido en este mundo.»

Apenas había cruzado ese pensamiento su mente cuando el callejón dio un giro brusco y se encontró ocultado de sus enemigos. Hay circunstancias en que incluso los menos enérgicos aprenden a actuar con vigor y determinación; y en que los más prudentes olvidan la prudencia y abrazan resoluciones temerarias. Tal fue el caso de Harry Hartley; y quienes mejor le conocían habrían sido los más asombrados ante la audacia del muchacho. Se detuvo en seco, arrojó la sombrerera por encima de una tapia de jardín y, saltando hacia arriba con increíble agilidad y asiéndose al borde con las manos, se dejó caer de cabeza al otro lado.

Volvió en sí un momento después, sentado en un arriate de pequeños rosales. Tenía manos y rodillas cortadas y sangrando, pues la tapia había sido protegida contra tal escalada mediante una generosa provisión de botellas rotas; y era consciente de un descoyuntamiento general y de un doloroso zumbido en la cabeza.

Frente a él, al otro lado del jardín, que estaba en admirable orden y sembrado de flores del perfume más delicioso, divisó la parte posterior de una casa. Era de considerable extensión y evidentemente habitable; pero en extraño contraste con los jardines, estaba desvencijada, mal cuidada y de aspecto humilde. Por todos los demás lados el contorno de la tapia del jardín parecía no tener interrupciones.

Captó estos detalles de la escena con miradas maquinales, pero su mente era todavía incapaz de encajarlos o sacar de lo que veía una conclusión racional. Y cuando oyó pasos acercándose por la grava, aunque volvió los ojos en esa dirección, fue sin pensar ni en defensa ni en huida.

El recién llegado era un personaje grande, tosco y muy sórdido, en ropa de jardín, con una regadera en la mano izquierda. Quien estuviera menos aturdido habría sentido cierta alarma ante las enormes proporciones de aquel hombre y sus ojos negros y ceñudos. Pero Harry estaba demasiado gravemente sacudido por la caída para siquiera atemorizarse; y si era incapaz de apartar la vista del jardinero, permanecía absolutamente pasivo, y se dejó acercar, aferrar por el hombro y plantarle bruscamente de pie, sin el menor gesto de resistencia.

Por un momento los dos se miraron el uno al otro; Harry fascinado, el hombre lleno de ira y de un humor cruel y burlón.

—¿Quién es usted? —preguntó al fin—. ¿Quién es usted para saltar por encima de mi tapia y romperme los Gloire de Dijon? ¿Cómo se llama? —añadió sacudiéndole—. ¿Y qué se le ha perdido aquí?

Harry no pudo articular ni una palabra de explicación.

Pero en ese instante Pendragon y el chico del carnicero pasaron de largo trotando, y el ruido de sus pasos y sus roncadas voces resonaron en el callejón. El jardinero había recibido su respuesta; y miró al rostro de Harry con una sonrisa odiosa.

—¡Un ladrón! —dijo—. Vaya, y que buen partido debe de salirle; porque ya veo que viste usted como un caballero de pies a cabeza. ¿No le avergüenza andar por el mundo con esos arreos, cuando hay gente honrada, me figuro, que se alegraría de comprar sus ropas viejas de segunda mano? Hable, perro —prosiguió el hombre—; inglés entiende, supongo; y pienso tener una pequeña charla con usted antes de llevarle a la comisaría.

—Sepa usted, señor —dijo Harry—, que todo esto es un lamentable malentendido; y si quiere acompañarme a casa de Sir Thomas Vandeleur, en Eaton Place, le prometo que todo quedará en claro. La persona más íntegra, como ahora veo, puede verse en situaciones comprometidas.

—Mi querido amigo —respondió el jardinero—, no le acompañaré más lejos que a la comisaría de la calle de al lado. El inspector, sin duda, tendrá mucho gusto en dar un paseo con usted hasta Eaton Place y tomar el té de la tarde con sus ilustres conocidos. ¿O preferiría usted ir directamente al Ministerio del Interior? ¡Sir Thomas Vandeleur, nada menos! Tal vez crea usted que no sé distinguir a un caballero cuando lo veo, de un vagabundo ordinario como usted. Ropas o sin ropas, le leo como un libro. Aquí hay una camisa que a lo mejor costó tanto como mi sombrero de domingo; y esa levita, me parece a mí, no ha visto nunca la parte de dentro del Rag Fair, y en cuanto a sus botas...

El hombre, cuyos ojos habían caído al suelo, se interrumpió bruscamente en su insultante comentario y permaneció un momento mirando con fijeza algo a sus pies. Cuando habló, su voz había cambiado de manera extraña.

—¿Qué es todo esto, por Dios? —dijo.

Harry, siguiendo la dirección de la mirada del hombre, vio un espectáculo que le dejó mudo de terror y asombro. En su caída había descendido en vertical sobre la sombrerera y la había reventado de punta a punta; de ella había brotado un gran tesoro de

diamantes que yacían ahora esparcidos, parte pisoteados en la tierra, parte desperdigados sobre la superficie en regia y deslumbrante profusión. Había una magnífica corona que había admirado muchas veces sobre Lady Vandeleur; había anillos y broches, pendientes y brazaletes, e incluso brillantes sin engastar rodando aquí y allá entre los rosales como gotas de rocío matinal. Una fortuna principesca se tendía entre los dos hombres sobre la tierra... una fortuna en la forma más tentadora, sólida y duradera, capaz de caber en un delantal, hermosa en sí misma y esparciendo la luz solar en un millón de destellos arcoíris.

—¡Dios mío! —dijo Harry—. ¡Estoy perdido!

Su mente recorrió el pasado a la velocidad incalculable del pensamiento, y empezó a comprender las aventuras de la jornada, a concebirlas como un todo y a reconocer el triste embrollo en que habían quedado envueltos su carácter y su suerte. Miró a su alrededor como buscando ayuda, pero estaba solo en el jardín, con sus diamantes esparcidos y su redoubtable interlocutor; y al escuchar, no había más sonido que el susurro de las hojas y la acelerada pulsación de su corazón. No era de extrañar que el joven se sintiera abandonado de su ánimo, y con voz quebrada repitiera su última exclamación: «¡Estoy perdido!»

El jardinero atisbó en todas direcciones con expresión de culpabilidad; pero no había ningún rostro en las ventanas y pareció respirar de nuevo.

—Ánimo —dijo—, ¡imbécil! Lo peor ya está hecho. ¿Por qué no lo dijo antes de que había para dos? ¿Para dos? Sí, ¡y para doscientos! Pero venga de aquí, donde pueden vernos; y, por amor de Dios, enderécese el sombrero y cepíllese la ropa. No daría dos pasos con la facha de mamarracho que tiene ahora.

Mientras Harry seguía maquinalmente estas indicaciones, el jardinero, poniéndose de rodillas, recogió aprisa los diamantes esparcidos y los devolvió a la sombrerera. El contacto de estos

preciosos cristales provocó un escalofrío de emoción en el recio cuerpo del hombre; su rostro se transfiguró y sus ojos brillaron de codicia; y parecía incluso que prolongaba con deleite su ocupación y se recreaba con cada diamante que tocaba. Al fin, sin embargo, hubo terminado; y ocultando la sombrerera en su blusa, el jardinero hizo señas a Harry y le precedió hacia la casa.

Cerca de la puerta les salió al paso un joven evidentemente de órdenes sagradas, moreno y de notable apostura, con una expresión de debilidad y resolución mezcladas, muy pulcramente ataviado a la manera de su condición. El jardinero se contrariaba visiblemente por ese encuentro; pero puso la mejor cara posible y se acercó al clérigo con un aire obsequioso y sonriente.

—Hace buena tarde, Mr. Rolles —dijo—: ¡buena tarde, tan cierto como que Dios la hizo! Y aquí hay un joven amigo mío que tenía ganas de ver mis rosas. Me he tomado la libertad de traerle, pues pensé que ninguno de los huéspedes pondría objeción.

—Hablando por mí —respondió el reverendo Mr. Rolles—, no pongo ninguna; ni me parece que los demás se mostrarían más exigentes en una cosa tan nimia. El jardín es suyo, Mr. Raeburn; ninguno de nosotros debe olvidarlo; y porque nos da libertad de pasear en él, seríamos muy desagradecidos si abusáramos de su cortesía hasta el punto de interferir con la comodidad de sus amigos. Pero, pensándolo bien —añadió—, creo que este caballero y yo ya nos hemos visto antes. Mr. Hartley, me parece. Siento ver que ha sufrido usted una caída.

Y le tendió la mano.

Una cierta dignidad virginal y el deseo de aplazar cuanto fuera posible la necesidad de dar explicaciones movieron a Harry a rechazar esa ayuda y negar su propia identidad. Prefirió la merced del jardinero, que al menos le era desconocido, antes que la curiosidad y quizás las dudas de un conocido.

—Me temo que hay un error —dijo—. Mi nombre es Thomlinson, y soy amigo del señor Raeburn.

—¿De veras? —dijo Mr. Rolles—. El parecido es asombroso.

Mr. Raeburn, que durante todo ese coloquio había estado sobre ascuas, consideró que ya era hora de ponerle fin.

—Que dé usted un agradable paseo, señor —le dijo.

Y con eso arrastró a Harry hacia el interior de la casa y luego a una habitación que daba al jardín. Su primer cuidado fue bajar la persiana, pues Mr. Rolles seguía en el mismo sitio donde le habían dejado, en actitud de perplejidad y meditación. Luego vació la sombrerera rota sobre la mesa y se quedó contemplando el tesoro así desplegado, con expresión de codicia arrobada, frotándose las manos en los muslos. Para Harry, ver el rostro del hombre bajo la influencia de esa emoción rastrera añadió un nuevo tormento a los que ya sufría. Le parecía increíble que desde su vida de puro e inofensivo pasatiempo hubiera sido precipitado de golpe en unas relaciones sórdidas y criminales. No podía reprochar a su conciencia ningún acto pecaminoso; y sin embargo sufría ahora el castigo del pecado en sus formas más agudas y crueles: el miedo al castigo, las sospechas de la gente honrada, y la compañía y contaminación de naturalezas viles y brutales. Sentía que habría dado la vida con gusto por salir de la habitación y de la compañía de Mr. Raeburn.

—Y bien —dijo este, después de separar las joyas en dos partes casi iguales y acercar una de ellas hacia sí—, y bien, todo tiene su precio en este mundo, y algunas cosas cuestan caras. Ha de saber usted, Mr. Hartley, si ese es su nombre, que soy hombre de genio muy fácil, y la bondad ha sido mi tropiezo de principio a fin. Podría guardarme todos estos pedruscos tan bonitos si quisiera, y me gustaría verle decir una palabra; pero creo que le he tomado cariño; y declaro que no tengo corazón para afeitarle tan al rape. Así que, ya ve, por pura bondad, propongo que lo partamos; y estas — señalando los dos montones— son las proporciones que me

parecen justas y amistosas. ¿Ve usted algún inconveniente, Mr. Hartley, si se me permite preguntarlo? No soy hombre de disputar por un broche.

—Pero, señor —exclamó Harry—, lo que me propone es imposible. Las joyas no son mías, y no puedo repartir lo ajeno, sea con quien sea ni en las proporciones que sean.

—¿Que no son tuyas? —respondió Raeburn—. ¿Y que no podría repartirlas con nadie? Vaya, pues eso que llamo yo una lástima; porque aquí estoy yo obligado a llevarle a la comisaría. La policía... piense en eso —prosiguió—. Piense en la deshonra para sus respetables padres; piense —continuó, agarrando a Harry por la muñeca— en las Colonias y el Juicio Final.

—No puedo evitarlo —se lamentó Harry—. No es culpa mía. ¿No quiere acompañarme a Eaton Place?

—No —respondió el hombre—, no quiero; eso es seguro. Y pienso repartir estos juguetes con usted aquí.

Y dicho esto le aplicó una torsión repentina y severa a la muñeca del muchacho.

Harry no pudo reprimir un grito, y el sudor le brotó en la frente. Quizás el dolor y el terror aguzaron su inteligencia, pero lo cierto es que en ese instante todo el asunto se le apareció bajo una nueva luz; y vio que no le quedaba más remedio que ceder a la propuesta del rufián, y confiar en encontrar la casa y forzarle a restituir, en circunstancias más favorables y cuando él mismo estuviera libre de toda sospecha.

—De acuerdo —dijo.

—Así me gusta —se mofó el jardinero—. Ya sabía yo que reconocería sus intereses. Esta sombrerera —prosiguió— la quemaré con los desperdicios; es una cosa que los curiosos podrían

reconocer; y en cuanto a usted, recoja sus alegrías y métalas al bolsillo.

Harry procedió a obedecer; Raeburn le vigilaba, y de vez en cuando, reavivada su codicia por algún destello brillante, abstraía otra joya de la parte del secretario y la añadía a la suya.

Cuando esto hubo terminado, ambos se dirigieron a la puerta principal, que Raeburn abrió cautelosamente para observar la calle. Esta estaba al parecer despejada de transeúntes; pues de repente aferró a Harry por la nuca, y manteniéndole la cara hacia abajo de modo que no veía más que el empedrado y los escalones de las casas, le empujó violentamente por delante de él por una calle y por otra durante el espacio de minuto y medio quizás. Harry había contado tres esquinas antes de que el matón aflojara la presa y, gritando «¡Ahora lárguese!», lanzó al muchacho de cabeza con una patada bien dirigida y enérgica.

Cuando Harry se recuperó, medio aturdido y con la nariz sangrando a chorro, Mr. Raeburn había desaparecido por completo. Por primera vez la rabia y el dolor vencieron tan completamente el ánimo del muchacho que prorrumpió en un llanto y se quedó sollozando en medio de la calle.

Tras haber aplacado así en cierta medida su emoción, empezó a mirar a su alrededor y a leer los nombres de las calles en cuya intersección le había abandonado el jardinero. Seguía en una parte poco frecuentada del oeste de Londres, entre chalets y grandes jardines; pero veía unas personas en una ventana que evidentemente habían presenciado su desgracia; y casi de inmediato una criada vino corriendo de la casa y le ofreció un vaso de agua. Al mismo tiempo, un pilla sucio que había estado merodeando por las inmediaciones se le acercó por el otro lado.

—Pobre hombre —dijo la criada—, ¡cómo le han tratado a usted, por cierto! ¡Si tiene las rodillas destrozadas y la ropa arruinada! ¿Conoce al miserable que le ha puesto así?

—¡Y que lo diga! —exclamó Harry, que se había repuesto algo con el agua—. Y le cazaré pese a sus precauciones. Pagará caro el día de hoy, se lo prometo.

—Mejor venga a la casa y se lava y cepilla —continuó la criada—. Mi señora le recibirá con mucho gusto, no tema. Y mire, le recojo el sombrero. ¡Dios mío! —chilló—. ¡Si se le han caído diamantes por toda la calle!

En efecto; una buena mitad de lo que le quedaba tras los espolios de Mr. Raeburn se había esparcido de sus bolsillos por el volteo y yacía de nuevo centellando en el suelo. Bendijo su suerte de que la criada tuviera tan buena vista; «no hay mal tan grande que no pueda ser peor», pensó; y la recuperación de aquellos pocos le pareció casi tan gran cosa como la pérdida de todo lo demás. Pero, ¡ay!, cuando se agachó a recoger sus tesoros, el merodeador hizo una rápida acometida, derribó a Harry y a la criada de un golpe de brazos, recogió a puñados un buen montón de diamantes y salió corriendo por la calle a una velocidad asombrosa.

Harry, en cuanto pudo ponerse en pie, se lanzó en persecución del bribón entre grandes voces, pero este era demasiado veloz y probablemente conocía demasiado bien el lugar; pues por más que girara, no encontraba rastro del fugitivo.

Con el ánimo por los suelos, Harry volvió al lugar de su percance, donde la criada, que seguía esperando, le devolvió muy honradamente el sombrero y el resto de los diamantes caídos. Harry le agradeció de corazón, y hallándose ya sin humor para economías, se dirigió al coche de punto más cercano y partió hacia Eaton Place en carruaje.

La casa, a su llegada, parecía sumida en cierta confusión, como si hubiera ocurrido una catástrofe en la familia; y los criados se agolpaban en el vestíbulo, sin poder o quizás sin demasiadas ganas de reprimir su regocijo ante la figura andrajosa del secretario. Los pasó en revista con el mejor aire de dignidad que pudo adoptar y se

dirigió directamente al tocador. Al abrir la puerta se le presentó ante los ojos un espectáculo asombroso y hasta amenazador; pues vio al General y a su esposa y, de todas las personas del mundo, a Charlie Pendragon, reunidos y hablando con seriedad y gravedad sobre algún asunto importante. Harry comprendió al instante que le quedaba poco que explicar: evidentemente se había hecho al General plena confesión del intento de fraude sobre su bolsillo y del desafortunado fracaso del plan; y todos habían hecho causa común frente a un peligro común.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Lady Vandeleur—. ¡Aquí está! La sombrerera, Harry... ¡la sombrerera!

Pero Harry se quedó ante ellos silencioso y cabizbajo.

—¡Hable! —gritó ella—. ¡Hable! ¿Dónde está la sombrerera?

Y los hombres, con gestos amenazadores, repitieron la pregunta.

Harry sacó un puñado de joyas del bolsillo. Estaba muy pálido.

—Esto es todo lo que queda —dijo—. Juro ante Dios que no es culpa mía; y si tienen paciencia, aunque algunas están perdidas, me temo que para siempre, otras, estoy seguro, pueden recuperarse todavía.

—¡Ay! —exclamó Lady Vandeleur—. Todos nuestros diamantes han desaparecido, y debo noventa mil libras en trajes.

—Señora —dijo el General—, podría usted haber empedrado el arroyo con sus baratijas; podría usted haber contraído deudas cincuenta veces superiores; podría usted haberme robado la corona y el anillo de mi madre; y la naturaleza podría haber prevalecido de tal modo que al fin la hubiera perdonado. Pero, señora, ha tomado usted el Diamante del Rajá... ¡el Ojo de la Luz, como lo llaman poéticamente los orientales!... ¡el Orgullo de Kashgar! Ha tomado usted de mí el Diamante del Rajá —exclamó levantando las manos—, ¡y todo, señora, todo ha terminado entre nosotros!

—Créame, General Vandeleur —respondió ella—, ese es uno de los discursos más agradables que le he oído. Y ya que vamos a la ruina, casi podría dar la bienvenida al cambio si eso me libra de usted. Me ha repetido usted suficientes veces que me casé con usted por su dinero; déjeme decirle ahora que siempre me arrepentí amargamente del trato; y aunque todavía fuera usted casadero y tuviera un diamante más grande que su cabeza, aconsejaría incluso a mi doncella contra una unión tan poco atractiva y desastrosa. En cuanto a usted, Mr. Hartley —continuó, volviéndose hacia el secretario—, ha exhibido suficientemente sus valiosas cualidades en esta casa; estamos ya convencidos de que le faltan por igual la hombría, la sensatez y el amor propio; y solo veo para usted una salida: retirarse al instante y, a ser posible, no volver. Por sus haberes, puede usted anotarse como acreedor en la quiebra de mi que fue marido.

Harry apenas había comprendido este insulto cuando el General se abalanzó sobre él con otro.

—Y entretanto —dijo este personaje—, acompáñeme ante el inspector de policía más cercano. Puede usted engañar a un sencillo soldado, señor, pero el ojo de la ley leerá su deshonroso secreto. Si tengo que pasar mi vejez en la pobreza por sus manejos turbios con mi esposa, pienso al menos que no quedará usted impune; y Dios me niega una satisfacción muy considerable si no deshilacha estopa desde hoy hasta el día de su muerte.

Con eso el General arrastró a Harry de la estancia y le apresuró escaleras abajo y por la calle hasta la comisaría del distrito.

Aquí (dice mi autor árabe) terminó este lamentable asunto de la sombrerera. Pero para el desafortunado secretario todo el episodio fue el comienzo de una vida nueva y más viril. La policía se convenció fácilmente de su inocencia; y después de prestar toda la ayuda que pudo en las investigaciones subsiguientes, uno de los jefes del departamento de detectives le felicitó por la probidad y

sencillez de su conducta. Varias personas se interesaron por alguien tan desgraciado; y poco después heredó una suma de dinero de una tía soltera en Worcestershire. Con ella se casó con Prudencia y zarpó hacia Bendigo o, según otra versión, hacia Trincomalee, sumamente satisfecho y con las mejores perspectivas.

HISTORIA DEL JOVEN CLÉRIGO

El reverendo Mr. Simon Rolles se había distinguido en las Ciencias Morales y era más que ordinariamente versado en el estudio de la Teología. Su ensayo «Sobre la doctrina cristiana de las obligaciones sociales» le había granjeado, en el momento de su publicación, cierta celebridad en la Universidad de Oxford; y en los círculos clericales y eruditos se entendía que el joven Mr. Rolles tenía en proyecto una obra de consideración... un folio, se decía... sobre la autoridad de los Padres de la Iglesia. Estos méritos y esas ambiciosas intenciones, sin embargo, distaban mucho de valerle algún beneficio eclesiástico; y seguía en busca de su primer curato cuando el azar de un paseo por aquella parte de Londres, el aspecto tranquilo y rico del jardín, el deseo de soledad y estudio y el precio módico del alojamiento le llevaron a instalarse con Mr. Raeburn, el vivero de Stockdove Lane.

Tenía la costumbre de pasear cada tarde, después de siete u ocho horas de trabajo sobre san Ambrosio o san Crisóstomo, mientras meditaba entre las rosas. Y aquel era habitualmente uno de los momentos más productivos de su jornada. Pero incluso un sincero apetito por el pensamiento y la excitación de graves problemas que aguardan solución no siempre bastan para preservar la mente del filósofo de los pequeños golpes y roces del mundo. Y cuando Mr. Rolles encontró al secretario del General Vandeleur, andrajoso y ensangrentado, en compañía de su casero; cuando vio que ambos mudaban de color y procuraban eludir sus preguntas; y sobre todo cuando el primero negó su propia identidad con la mayor aplomo, no

tardó en olvidar los Santos y Padres en el interés más vulgar de la curiosidad.

«No me equivoco», pensó. «Ese es Mr. Hartley sin ninguna duda. ¿Cómo se halla en tal estado? ¿Por qué niega su nombre? ¿Y qué asunto puede tener con ese granuja de cara torva que es mi casero?»

Mientras así reflexionaba, otra particularidad llamó su atención. El rostro de Mr. Raeburn apareció en una ventana baja junto a la puerta; y por azar, sus ojos se encontraron con los de Mr. Rolles. El vivero pareció contrariado y hasta alarmado; e inmediatamente después la persiana de la habitación se bajó de golpe.

«Todo esto puede estar muy bien —reflexionó Mr. Rolles—; puede estar excelentemente bien; pero confieso libremente que no lo creo. Sospechosos, taimados, falsos, temerosos de ser observados... creo en mi alma —pensó— que los dos están tramando alguna acción deshonrosa.»

El detective que habita en todos nosotros despertó y se puso a clamar en el pecho de Mr. Rolles; y con paso vivo y ágil, que no se parecía en nada a su andar habitual, procedió a dar la vuelta al jardín. Al llegar al lugar donde Harry había trepado, su ojo se detuvo al instante en un rosal roto y en huellas de pisadas sobre la tierra. Miró hacia arriba y vio arañazos en el ladrillo y un jirón de pantalón flotando en una botella rota. ¡Ese era el modo de entrada elegido por el particular amigo de Mr. Raeburn! ¡Así admiraba el jardín el secretario del General Vandeleur! El joven clérigo dio un suave silbido inclinándose a examinar el terreno. Podía distinguir dónde había aterrado Harry tras su peligroso salto; reconocía el pie plano de Mr. Raeburn donde se había hundido en el barro al tirar del secretario por el cuello; más aún, al examinar más de cerca, creyó distinguir las huellas de dedos que hurgan, como si algo hubiera sido derramado y recogido apresuradamente.

«A fe mía —pensó—, el asunto se pone de lo más interesante.»

Y justo entonces vio algo casi enterrado del todo en la tierra. En un instante había desenterrado un estuche de tafilete primoroso, con ornamentos y hebilla dorados. Había sido pisoteado con fuerza y así escapó a la apresurada búsqueda de Mr. Raeburn. Mr. Rolles abrió el estuche y contuvo el aliento en una exclamación de asombro casi horrorizado; pues ante él, en una cuna de terciopelo verde, yacía un diamante de tamaño prodigioso y de la más fina agua. Era del tamaño de un huevo de pato; de forma hermosa, sin una tara; y cuando el sol daba en él, despedía un fulgor como el de la electricidad y parecía arder en su mano con mil fuegos interiores.

Sabía poco de piedras preciosas; pero el Diamante del Rajá era una maravilla que se explicaba sola; un niño de aldea que lo encontrara correría chillando hasta la cabaña más cercana; y un salvaje se postraría en adoración ante un fetiche tan imponente. La belleza de la piedra halagó los ojos del joven clérigo; el pensamiento de su valor incalculable aturdió su entendimiento. Sabía que lo que tenía en la mano valía más que muchos años de renta de una sede arzobispal; que con ello se construirían catedrales más majestuosas que Ely o Colonia; que quien lo poseía quedaba libre para siempre de la maldición primera y podía seguir sus propias inclinaciones sin zozobra ni prisa, sin obstáculos ni trabas. Y al girarlo de repente, los rayos brotaron de nuevo con brillo renovado y parecieron traspasar su corazón.

Las acciones decisivas se toman a menudo en un instante y sin ninguna deliberación consciente de las facultades racionales del hombre. Así fue entonces con Mr. Rolles. Miró apresuradamente en derredor; vio, como antes Mr. Raeburn, nada más que el jardín bañado de sol, las copas altas de los árboles y la casa con sus persianas cerradas; y en un abrir y cerrar de ojos había cerrado el estuche, se lo había metido al bolsillo y corría hacia su estudio con la celeridad de la culpa.

El reverendo Simon Rolles había robado el Diamante del Rajá.

A primeras horas de la tarde llegó la policía con Harry Hartley. El vivero, que estaba fuera de sí de terror, delató pronto su tesoro; y las joyas fueron identificadas e inventariadas en presencia del secretario. En cuanto a Mr. Rolles, se mostró de un talante de lo más colaborador, comunicó lo que sabía con franqueza y lamentó no poder hacer más para ayudar a los agentes en su deber.

—Con todo —añadió—, supongo que su trabajo está casi concluido.

—Ni mucho menos —respondió el hombre de Scotland Yard; y narró el segundo robo del que Harry había sido víctima directa, y dio al joven clérigo una descripción de las joyas más importantes que todavía no habían aparecido, insistiendo particularmente en el Diamante del Rajá.

—Debe de valer una fortuna —observó Mr. Rolles.

—Diez fortunas, veinte fortunas —exclamó el agente.

—Cuanto más vale —observó Simon con sagacidad—, más difícil debe de ser venderlo. Una cosa así tiene una fisonomía que no se puede disimular, y me figuro que un hombre podría negociarla tan fácilmente como la catedral de San Pablo.

—¡Oh, desde luego! —dijo el agente—; pero si el ladrón tiene algo de inteligencia, la cortará en tres o cuatro pedazos, y aun así quedará suficiente para hacerle rico.

—Gracias —dijo el clérigo—. No puede imaginarse cuánto me interesa su conversación.

Con lo que el funcionario reconoció que en su oficio se sabían muchas cosas extrañas, e inmediatamente después tomó la puerta.

Mr. Rolles volvió a su habitación. Le parecía más pequeña y más desnuda de lo habitual; los materiales para su gran obra no habían ofrecido nunca tan poco interés; y contempló su biblioteca con ojos de desdén. Fue sacando varios volúmenes de los Padres de la Iglesia y los ojeó; pero no contenían nada que le sirviera.

«Estos viejos señores —pensó— son sin duda escritores muy valiosos, pero me parecen conspicuamente ignorantes de la vida. Aquí estoy yo, con suficiente saber para ser obispo, y no sé positivamente qué hacer con un diamante robado. Recojo una sugerencia de un policía ordinario y, con todos mis infolios, ni siquiera puedo ponerla en práctica. Esto me inspira una muy pobre opinión de la formación universitaria.»

Dicho lo cual volcó su estantería y, poniéndose el sombrero, salió aprisa a su club. En lugar de mundano recreo así esperaba encontrar algún hombre de buen consejo y aguda experiencia en la vida. En la sala de lectura vio a muchos clérigos rurales y a un arcediano; había tres periodistas y un autor de Alta Metafísica jugando al billar; y en la cena solo el vulgo de los habituales corrientes mostraba sus semblantes comunes y borrosos. A ninguno de estos, pensó Mr. Rolles, sabría más sobre temas peligrosos de lo que él mismo sabía; ninguno de ellos era apto para orientarle en su actual aprieto. Al fin, en el salón de fumadores, escaleras arriba, topó con un caballero de talle algo corpulento y vestido con conspicua sencillez. Fumaba un puro y leía el *Fortnightly Review*; su semblante estaba singularmente libre de toda huella de preocupación o cansancio; y había en su porte algo que parecía invitar a la confianza y esperar la sumisión. Cuanto más escrutaba el joven clérigo sus rasgos, más se convencía de haber dado con alguien capaz de prestarle un consejo pertinente.

—Señor —dijo—, dispénseme mi brusquedad; pero le juzgo por su aspecto hombre del mundo en grado eminente.

—Tengo en efecto considerables méritos para esa distinción —respondió el desconocido dejando a un lado su revista con expresión de curiosidad y sorpresa mezcladas.

—Yo, señor —continuó el cura—, soy un recluso, un estudioso, una criatura de tinteros y folios patrísticos. Un suceso reciente me ha puesto vividamente ante los ojos mi propia ignorancia, y deseo instruirme en la vida. Por vida —añadió— no entiendo las novelas

de Thackeray; sino los crímenes y posibilidades ocultas de nuestra sociedad, y los principios de una conducta prudente ante circunstancias excepcionales. Soy un lector paciente; ¿puede aprenderse eso en los libros?

—Me pone usted en un aprieto —dijo el desconocido—. Confieso que tengo muy poca idea de la utilidad de los libros, salvo para entretenerse en un viaje en tren; aunque, creo, existen algunos tratados muy exactos sobre astronomía, el uso de los globos, agricultura y el arte de hacer flores de papel. Sobre las provincias menos aparentes de la vida temo que no encontrará usted nada verídico. Con todo —añadió—, ¿ha leído usted a Gaboriau?

Mr. Rolles reconoció que no había oído ese nombre en su vida.

—Puede sacar usted algunas ideas de Gaboriau —prosiguió el desconocido—. Es al menos sugerente; y como es un autor muy estudiado por el príncipe Bismarck, perderá usted en el peor de los casos su tiempo en buena compañía.

—Señor —dijo el cura—, le quedo infinitamente agradecido por su amabilidad.

—Ya me lo ha pagado usted con creces —respondió el otro.

—¿Cómo? —preguntó Simon.

—Con la novedad de su pregunta —respondió el caballero; y con un cortés gesto, como pidiendo permiso, reanudó el estudio del Fortnightly Review.

De camino a casa Mr. Rolles compró un libro sobre piedras preciosas y varias novelas de Gaboriau. Estas las ojeó ávidamente hasta bien entrada la madrugada; y aunque le introdujeron a muchas ideas nuevas, en ningún sitio encontraba lo que hacer con un diamante robado. Le fastidiaba además encontrar la información esparcida entre narraciones novelescas, en vez de expuesta sobriamente a la manera de un manual; y concluyó que, aunque el

autor hubiera pensado mucho en esos temas, le faltaba totalmente el método didáctico. En cambio, por el carácter y los méritos de Lecoq no podía contener su admiración.

«Era verdaderamente un gran ser —rumiaba Mr. Rolles—. Conocía el mundo como yo conozco las Evidencias de Paley. No había nada que no pudiera llevar a término por sí mismo, y contra las mayores probabilidades. ¡Cielos! —exclamó de repente—. ¿No es esa la lección? ¿No tengo que aprender yo mismo a tallar diamantes?»

Le pareció como si hubiera salido de golpe de sus perplejidades; recordó que conocía a un joyero, cierto B. Macculloch de Edimburgo, que estaría encantado de orientarle en el aprendizaje necesario; unos meses, quizás unos años, de trabajo áspero y oscuro, y tendría suficiente pericia para dividir y suficiente astucia para negociar con ventaja el Diamante del Rajá. Hecho eso, podría regresar a proseguir sus investigaciones con toda calma, un estudiante adinerado y lujoso, envidiado y respetado por todos. Visiones doradas le acompañaron en el sueño, y se despertó animoso y con el corazón ligero bajo el sol de la mañana.

La casa de Mr. Raeburn debía ser cerrada aquel día por la policía, y esto le ofrecía un pretexto para su marcha. Preparó alegremente su equipaje, lo transportó a King's Cross, donde lo dejó en la consigna, y regresó al club para pasar la tarde y cenar.

—Si cena usted aquí hoy, Rolles —observó un conocido—, puede ver a dos de los hombres más notables de Inglaterra: el príncipe Florizel de Bohemia y el viejo Jack Vandeleur.

—He oído hablar del príncipe —respondió Mr. Rolles—, y al General Vandeleur incluso le he tratado en sociedad.

—¡El General Vandeleur es un necio! —respondió el otro—. Me refiero a su hermano John, el mayor aventurero, el mejor conocedor de piedras preciosas y uno de los diplomáticos más sagaces de Europa. ¿No ha oído hablar de su duelo con el duque de Val d'Orge? ¿De sus hazañas y atrocidades cuando fue dictador del

Paraguay? ¿De su habilidad para recuperar las joyas de Sir Samuel Levi? ¿Ni de sus servicios durante el Motín de la India, servicios de los que el Gobierno se aprovechó pero que no se atrevió a reconocer? Me hace usted preguntarme qué entendemos por fama, o incluso por infamia; pues Jack Vandeleur tiene prodigiosas pretensiones a ambas. Baje corriendo —continuó—, tome una mesa cerca de ellos y mantenga los oídos abiertos. Escuchará conversaciones extrañas, o mucho me equivoco.

—¿Y cómo los reconoceré? —preguntó el clérigo.

—¿Cómo? —exclamó su amigo—. ¡Pues el príncipe es el caballero más fino de Europa, la única criatura viva que parece un rey! Y en cuanto a Jack Vandeleur, si puede usted imaginar a Ulises a los setenta años y con un tajo de sable en la cara, ahí tiene al hombre. ¿Cómo reconocerlos? ¡Podría distinguir a cualquiera de los dos entre toda la concurrencia de un gran hipódromo!

Rolles bajó aprisa al comedor. Era tal como su amigo había asegurado; era imposible confundirse con aquella pareja. El viejo John Vandeleur era de una fuerza corporal notable y evidentemente forjado en los ejercicios más difíciles. No tenía el porte de un espadachín, ni de un marino, ni de alguien habituado a la silla de montar; sino algo compuesto de todo eso, el resultado y la expresión de hábitos y destrezas muy diversos. Sus rasgos eran marcados y aguileños; su expresión arrogante y depredadora; su aspecto general el de un hombre de acción rápido, violento, sin escrúpulos; y su abundante cabello blanco y el profundo tajo de sable que le atravesaba nariz y sien añadían una nota de salvajismo a una cabeza ya de por sí notable y amenazadora.

En su compañero, el príncipe de Bohemia, Mr. Rolles reconoció con asombro al caballero que le había recomendado el estudio de Gaboriau. Sin duda el príncipe Florizel, que raramente visitaba el club, del que como de casi todos era miembro honorario, esperaba a John Vandeleur cuando Simon le había abordado la tarde anterior.

Los demás comensales se habían retirado discretamente a los ángulos de la sala dejando a la distinguida pareja en cierto aislamiento; pero el joven clérigo no se sentía cohibido por ningún sentimiento de reverencia y, avanzando con aplomo, tomó asiento en la mesa más cercana.

La conversación era, en efecto, nueva para los oídos del estudioso. El ex dictador del Paraguay refirió muchas experiencias extraordinarias en distintos rincones del mundo; y el príncipe aportó un comentario que, para un hombre de pensamiento, era aún más interesante que los propios sucesos. Dos formas de experiencia se encontraban así y se ofrecían ante el joven clérigo; y no sabía cuál admirar más: al audaz actor o al experto hábil en la vida; al hombre que hablaba con franqueza de sus propias hazañas y peligros, o al hombre que parecía, como un dios, saberlo todo y no haber sufrido nada. La manera de cada cual encajaba aptamente con su papel en el coloquio. El dictador se permitía brutalidades tanto de palabra como de gesto; su mano se abría y cerraba y caía bruscamente sobre la mesa; y su voz era fuerte y grave. El príncipe, en cambio, parecía el tipo mismo de la docilidad urbana y la calma; el menor movimiento, la menor inflexión tenían en él un peso más significativo que todos los gritos y la gesticulación de su compañero; y si alguna vez, como debía de ocurrir con frecuencia, describía alguna experiencia personal, lo hacía con tal habilidad disimulada que pasaba inadvertida entre las demás.

Al cabo la conversación derivó hacia los recientes robos y el Diamante del Rajá.

—Ese diamante estaría mejor en el fondo del mar —observó el príncipe Florizel.

—Como Vandeleur que soy —respondió el dictador—, Vuestra Alteza puede imaginarse mi disentimiento.

—Hablo por razones de política pública —prosiguió el príncipe—. Las joyas de tan alto valor deberían reservarse para la colección de

un príncipe o el tesoro de una gran nación. Hacerlas circular entre la gente corriente es poner precio a la virtud; y si el Rajá de Kashgar... un príncipe, según entiendo, de gran ilustración... deseaba vengarse de los hombres de Europa, difícilmente habría podido obrar de manera más eficaz que enviándonos esta manzana de la discordia. No hay honradez suficientemente sólida para semejante prueba. Yo mismo, que tengo muchos deberes y muchos privilegios propios... yo mismo, Mr. Vandeleur, apenas podría manejar el cristal embriagador y quedar a salvo. En cuanto a usted, que es cazador de diamantes por afición y por oficio, no creo que haya un crimen en el santoral que no perpetrara... no creo que tenga un amigo en el mundo a quien no traicionara ansiosamente... no sé si tiene familia, pero si la tiene declaro que sacrificaría a sus hijos... y todo ello, ¿para qué? No para ser más rico, ni para tener más comodidades ni más respeto, sino simplemente para llamar suyo este diamante durante un año o dos hasta que muera, y de cuando en cuando abrir una caja fuerte y mirarlo como se mira un cuadro.

—Es verdad —respondió Vandeleur—. He cazado la mayoría de las cosas, desde hombres y mujeres hasta mosquitos; he buceado en busca de coral; he seguido tanto ballenas como tigres; y un diamante es la pieza más grande de todas. Tiene belleza y valor; él solo puede recompensar debidamente los ardores de la caza. En este momento, como puede suponer Vuestra Alteza, voy sobre la pista; tengo olfato seguro y amplia experiencia; conozco cada piedra de valor de la colección de mi hermano como un pastor conoce sus ovejas; ¡y maldita sea si no las recupero todas!

—Sir Thomas Vandeleur tendrá mucho que agradecerle —dijo el príncipe.

—No estoy tan seguro —respondió el dictador con una carcajada—. Uno de los Vandeleur lo tendrá. Thomas o John... Pedro o Pablo... todos somos apóstoles.

—No he entendido su observación —dijo el príncipe con cierto disgusto.

Y en ese momento el camarero informó a Mr. Vandeleur de que su coche estaba a la puerta.

Mr. Rolles miró el reloj y vio que también él debía ponerse en marcha; y la coincidencia le impresionó de manera aguda y desagradable, pues no deseaba ver más al cazador de diamantes.

Habiendo estudiado algo los nervios del joven, tenía por costumbre viajar de la manera más lujosa; y para el presente viaje había tomado un reservado en el coche cama.

—Estará usted muy cómodo —dijo el revisor—. No hay nadie en su compartimiento, y solo un caballero mayor en el otro extremo.

Ya era casi la hora y se examinaban los billetes cuando Mr. Rolles vio cómo varios mozos acompañaban a ese otro compañero de viaje a su lugar; y ciertamente no había en el mundo ninguna otra persona que no hubiera preferido... pues era el viejo John Vandeleur, el ex dictador.

Los coches cama de la línea Great Northern estaban divididos en tres compartimentos: uno en cada extremo para los viajeros y uno en el centro habilitado con las comodidades de un lavabo. Una puerta que corría sobre guías separaba cada uno de los extremos del lavabo; pero como no había ni cerrojos ni llaves, todo el conjunto era prácticamente terreno común.

Cuando Mr. Rolles hubo estudiado su posición, se vio sin defensa. Si el dictador elegía hacerle una visita en el curso de la noche, no podía hacer menos que recibirla; no tenía medios de atrincherarse y estaba a merced de un asalto como si hubiera estado acostado en pleno campo. Esta situación le causó cierta angustia de espíritu. Recordó con alarma las jactanciosas declaraciones de su compañero de viaje durante la cena, y las profesiones de inmoralidad que le había oído ofrecer al disgustado príncipe. Algunas personas, recordó haber leído, están dotadas de una singular agudeza perceptiva para la proximidad de metales preciosos; se dice que a través de las paredes e incluso a

considerable distancia adivinan la presencia del oro. ¿No podría ocurrir lo mismo con los diamantes?, se preguntó; y si era así, ¿quién tendría más probabilidades de disfrutar de ese sentido trascendental que quien se gloriaba en el apelativo de cazador de diamantes? Comprendió que de tal hombre tenía todo que temer, y anhelaba ardientemente la llegada del día.

Entretanto no descuidó ninguna precaución, ocultó su diamante en el bolsillo más interior de un sistema de gabanes y se encomendó devotamente al cuidado de la Providencia.

El tren siguió su curso habitual, uniforme y rápido; y ya había transcurrido casi la mitad del trayecto antes de que el sueño empezara a imponerse a la inquietud en el pecho de Mr. Rolles. Por algún tiempo le resistió; pero fue ganándole terreno, y poco antes de York tuvo que tenderse en uno de los asientos y dejar que los ojos se le cerraran; y casi al instante la conciencia abandonó al joven clérigo. Su último pensamiento fue para su aterrador vecino.

Cuando despertó seguía siendo noche cerrada, salvo por el parpadeante resplandor de la lámpara velada; y el continuo estruendo y la oscilación atestiguaban la velocidad sostenida del tren. Se sentó de golpe en un acceso de pánico, pues le habían atormentado sueños de lo más inquietos; tardó algunos segundos en recobrar el dominio de sí; e incluso después de haber vuelto a recostarse, el sueño siguió huyendo de él, y permaneció despierto con el cerebro en estado de violenta agitación y los ojos fijos en la puerta del lavabo. Se caló aún más el sombrero clerical de fieltro para resguardarse de la luz; y recurrió a los expedientes usuales, tales como contar hasta mil o desterrar el pensamiento, con que los insomnios experimentados acostumbran a atraer el sueño. En el caso de Mr. Rolles resultaron uno y todos inútiles; le hostigaban una docena de ansiedades distintas; el anciano en el otro extremo del vagón le aparecía bajo las formas más alarmantes; y en cualquier postura que eligiera, el diamante en su bolsillo le causaba un malestar físico sensible. Le quemaba, era demasiado grande, le

apretaba las costillas; y habría fracciones de segundo en que casi habría querido arrojarlo por la ventanilla.

Mientras yacía así, ocurrió un extraño incidente.

La puerta corredera del lavabo se movió un poco, luego un poco más, y al fin fue retirada unos cincuenta centímetros. La lámpara del lavabo no estaba velada, y en la abertura iluminada así descubierta Mr. Rolles pudo ver la cabeza de Mr. Vandeleur en actitud de profunda atención. Tuvo conciencia de que la mirada del dictador descansaba fijamente en su propio rostro; y el instinto de conservación le movió a retener la respiración, a abstenerse del menor movimiento y, manteniendo los ojos bajos, a observar a su visitante desde debajo de las pestañas. Al cabo de un momento, la cabeza se retiró y la puerta del lavabo volvió a su sitio.

El dictador no había venido a atacar sino a observar; su acción no era la de un hombre que amenaza a otro, sino la de un hombre amenazado él mismo; si Mr. Rolles le tenía miedo, parecía que él, a su vez, no estaba del todo tranquilo respecto a Mr. Rolles. Había venido, al parecer, a asegurarse de que su único compañero de viaje dormía; y, satisfecho en ese punto, se había retirado de inmediato.

El clérigo se puso en pie de un salto. El terror extremo había dado paso a una reacción de temeridad imprudente. Reflexionó que el traqueteo del tren en marcha ahogaba todos los demás sonidos, y se decidió, pasara lo que pasase, a devolver la visita que acababa de recibir. Despojándose de su gabán, que podría haber entorpecido la libertad de sus movimientos, entró en el lavabo y se detuvo a escuchar. Como había previsto, no había nada que se oyera sobre el fragor del tren en marcha; y apoyando la mano en la puerta del otro lado, procedió cautelosamente a correrla unos quince centímetros. Entonces se detuvo, y no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

John Vandeleur llevaba un gorro de viaje de piel con orejeras que le protegían los oídos; y esto, unido al ruido del expreso, podría haberle mantenido en la ignorancia de lo que ocurría. Lo cierto, al menos, es que no levantó la cabeza, sino que continuó sin interrupción dedicado a su extraña ocupación. Entre sus pies había una sombrerera abierta; en una mano tenía la manga de su gabán de piel de foca; en la otra un formidable cuchillo, con el que acababa de rajar el forro de la manga. Mr. Rolles había leído que hay personas que llevan dinero en un cinturón; y como no tenía conocimiento más que de los cinturones de deporte, nunca había podido hacerse bien a la idea de cómo se arreglaba eso. Pero he aquí algo más extraño ante sus ojos; pues John Vandeleur, al parecer, llevaba diamantes en el forro de la manga; e incluso mientras miraba el joven clérigo, veía caer uno tras otro brillantes relucientes en la sombrerera.

Quedó clavado en el sitio, siguiendo con los ojos aquella insólita ocupación. Los diamantes eran en su mayor parte pequeños, y no fácilmente distinguibles ni por su forma ni por su destello. De repente el dictador pareció encontrar dificultad; empleó las dos manos e inclinó su trabajo; pero no fue hasta después de considerable maniobra que extrajo una gran diadema de diamantes del forro y la tuvo unos segundos en examen antes de depositarla con las demás en la sombrerera. La diadema fue un rayo de luz para Mr. Rolles; la reconoció de inmediato como parte del tesoro robado a Harry Hartley por el merodeador. No cabía error; era exactamente tal como el detective la había descrito; allí estaban las estrellas de rubíes con una gran esmeralda en el centro; allí las medias lunas entrelazadas; y allí los colgantes en forma de pera, cada uno una sola piedra, que daban un valor especial a la diadema de Lady Vandeleur.

Mr. Rolles se sintió enormemente aliviado. El dictador estaba tan metido en el asunto como él mismo; ninguno podía denunciar al otro. En el primer destello de alegría el clérigo dejó escapar un profundo suspiro; y como durante su anterior tensión el pecho se le

había cerrado y la garganta secado, el suspiro fue seguido de una tos.

Mr. Vandeleur levantó la vista; su rostro se contrajo con la más negra y mortal de las pasiones; sus ojos se abrieron desmesuradamente y su mandíbula inferior cayó en un asombro que estaba al borde de la furia. Por un movimiento instintivo había cubierto la sombrerera con el gabán. Por espacio de medio minuto los dos hombres se miraron en silencio. No fue un intervalo largo, pero bastó a Mr. Rolles; era uno de esos que piensan con celeridad en los momentos de peligro; se decidió por una línea de acción de notable audacia; y aunque sentía que se jugaba la vida, fue el primero en romper el silencio.

—Dispense usted —dijo.

El dictador se estremeció levemente, y cuando habló su voz era ronca.

—¿Qué quiere usted aquí? —preguntó.

—Tengo un particular interés por los diamantes —respondió Mr. Rolles con perfecta presencia de ánimo—. Dos conocedores deberían hacerse amigos. Traigo aquí una pequeña muestra propia que puede tal vez servir de presentación.

Y dicho esto, sacó tranquilamente el estuche del bolsillo, mostró el Diamante del Rajá al dictador por un instante y lo volvió a guardar.

—Antes pertenecía a su hermano de usted —añadió.

John Vandeleur continuó mirándole con expresión de asombro casi doloroso; pero no habló ni se movió.

—Me ha complacido observar —reanudó el joven— que tenemos gemas de la misma colección.

El asombro del dictador le venció.

—Dispéñseme —dijo—; empiezo a darme cuenta de que me hago viejo. Positivamente no estoy preparado para pequeños incidentes como este. Pero calme mi espíritu en un punto: ¿me engañan los ojos, o es usted en efecto un clérigo?

—Estoy ordenado de sacerdote —respondió Mr. Rolles.

—¡Bueno —exclamó el otro—, mientras viva no volveré a decir nada malo de la sotana!

—Me halaga usted —dijo Mr. Rolles.

—Perdone —respondió Vandeleur—; perdone, joven. No le falta valor, pero está por ver si no es usted el mayor de los necios. Quizás —continuó, recostándose en su asiento— me hiciera usted el favor de darme algunos pormenores. Debo suponer que tenía usted algún objetivo en la estupefaciente desfachatez de su proceder, y confieso que siento curiosidad por saberlo.

—Es muy sencillo —respondió el clérigo—; procede de mi gran inexperiencia de la vida.

—Me alegro de que me convenzan —respondió Vandeleur.

Donde Mr. Rolles le narró toda la historia de su relación con el Diamante del Rajá, desde el momento en que lo encontró en el jardín de Raeburn hasta el momento en que partió de Londres en el Escocés Volante. Añadió un breve esbozo de sus sentimientos y pensamientos durante el viaje, y concluyó con estas palabras:

—Cuando reconocí la diadema supe que estábamos en la misma situación respecto a la Sociedad, y esto me inspiró una esperanza, que confío en que dirá que no estaba mal fundada, de que pudiera usted convertirse en cierta medida en mi socio en las dificultades y, por supuesto, en los beneficios de mi situación. Para alguien de su especial conocimiento y evidente amplia experiencia, la negociación del diamante no ofrecería mayor dificultad, mientras que para mí era cosa imposible. Por mi parte, juzgué que perdería casi tanto

cortando el diamante, y probablemente con mano inexperta, cuanto bastaría para pagarle a usted con justa generosidad por su asistencia. El asunto era delicado de plantear; y quizá me quedé corto en delicadeza. Pero debo pedirle que recuerde que para mí la situación era nueva y desconocía completamente el protocolo en uso. Creo sin vanidad que podría haberle casado o bautizado muy aceptablemente; pero cada cual tiene sus aptitudes, y este tipo de trato no figuraba entre mis habilidades.

—No deseo halagarle —respondió Vandeleur—; pero a fe mía, tiene usted una disposición inusual para la vida del crimen. Tiene usted más recursos de los que imagina; y aunque he conocido a buen número de pícaros en distintos rincones del mundo, nunca me encontré con uno tan descarado como usted. Ánimo, Mr. Rolles, ¡que está usted por fin en la profesión acertada! En cuanto a ayudarle, puede usted mandármeme como quiera. Solo tengo un día de asuntos en Edimburgo por un pequeño encargo de mi hermano; y una vez despachado eso, regreso a París, donde resido habitualmente. Si le parece, puede acompañarme. Y antes de que acabe el mes creo que habré llevado su pequeño asunto a una conclusión satisfactoria.

(En este punto, en contra de todos los cánones de su arte, nuestro autor árabe interrumpe la Historia del joven clérigo. Lo lamento y condeno; pero debo seguir mi original, y remito al lector para el desenlace de las aventuras de Mr. Rolles al número siguiente del ciclo, la Historia de la casa de los postigos verdes.)

HISTORIA DE LA CASA DE LOS POSTIGOS VERDES

Francis Scrymgeour, auxiliar del Banco de Escocia en Edimburgo, había llegado a los veinticinco años en una esfera de vida tranquila, honrosa y doméstica. Su madre murió cuando era joven; pero su

padre, hombre sensato y probo, le había dado una excelente educación en el colegio y le había criado en casa con hábitos ordenados y frugales. Francis, de carácter dócil y afectuoso, aprovechó estas ventajas con celo y se consagró en cuerpo y alma a su empleo. Un paseo el sábado por la tarde, alguna que otra cena con familiares y una excursión anual de quince días por las Highlands o incluso por el continente europeo eran sus principales distracciones; crecía rápidamente en el favor de sus superiores y gozaba ya de un sueldo de casi doscientas libras al año, con la perspectiva de un aumento definitivo a casi el doble de esa cifra. Pocos jóvenes había más satisfechos, pocos más diligentes y voluntariosos que Francis Scrymgeour. A veces por las noches, después de leer el periódico, tocaba la flauta para entretener a su padre, por cuyas cualidades sentía gran respeto.

Un día recibió una nota de un conocido bufete de notarios, solicitando el favor de una entrevista inmediata. La carta estaba marcada como «Privada y Confidencial» y había sido dirigida a él al banco en vez de a su casa: dos circunstancias inusitadas que le movieron a obedecer la convocatoria con mayor prontitud. El socio principal del bufete, hombre de trato muy austero, le acogió gravemente, le rogó que tomara asiento y procedió a exponerle el asunto en los términos escogidos de un veterano hombre de negocios. Una persona que debía permanecer innominada, pero de quien el abogado tenía toda razón para pensar bien... un hombre, en suma, de cierta posición en el país... deseaba conceder a Francis una asignación anual de quinientas libras. El capital debía quedar bajo el control del bufete y de dos fideicomisarios que también debían permanecer anónimos. Había condiciones vinculadas a esa liberalidad, pero era de la opinión de que su nuevo cliente no encontraría nada excesivo ni deshonoroso en los términos; y repitió estas dos palabras con énfasis, como si deseara no comprometerse a nada más.

Francis preguntó su naturaleza.

—Las condiciones —dijo el notario—, como he observado en dos ocasiones, no son ni deshonrosas ni excesivas. Al mismo tiempo no puedo ocultarle que son de lo más inusitadas. El caso en su totalidad sale muy de lo ordinario de nuestro despacho; y ciertamente lo habría rechazado de no ser por la reputación del caballero que me lo confió, y, permítame añadirlo, Mr. Scrymgeour, el interés que me han llevado a tomar en su persona muchos informes favorables y sin duda bien merecidos.

Francis le rogó que fuera más explícito.

—No puede usted imaginarse mi inquietud respecto a esas condiciones —dijo.

—Son dos —respondió el abogado—, solo dos; y la suma, como recordará, es quinientas libras al año... y libres de cargas, me olvidaba añadir, libres de cargas.

Y el abogado le miró con solemne satisfacción.

—La primera —reanudó— es de notable sencillez. Ha de estar usted en París para la tarde del domingo quince; allí encontrará, en el despacho de billetes de la Comédie Française, una localidad tomada a su nombre y que le estará esperando. Se le pide que permanezca durante toda la representación en el asiento reservado, y eso es todo.

—Habría preferido un día entre semana —respondió Francis—. Pero, en fin, una vez por excepción...

—Y en París, mi estimado señor —añadió el abogado con suavidad—. Creo ser yo mismo algo riguroso, pero ante semejante consideración, y en París, no vacilaría un instante.

Y los dos rieron plácidamente juntos.

—La otra es de mayor importancia —continuó el notario—. Atañe a su matrimonio. Mi cliente, tomando un profundo interés en su

bienestar, desea asesorarle absolutamente en la elección de esposa. Absolutamente, ¿entiende? —repitió.

—Seamos más explícitos, si le parece —respondió Francis—. ¿He de casarme con quien quiera que esta persona invisible elija proponerme, sea doncella o viuda, negra o blanca?

—Se me encargó asegurarle que la adecuación de edad y posición sería principio para su benefactor —respondió el abogado—. En cuanto a la raza, confieso que el inconveniente no se me había ocurrido, y no lo pregunté; pero si lo desea haré una nota ahora mismo y le informaré en la primera oportunidad.

—Señor —dijo Francis—, está por ver si todo este asunto no es el más indigno de los fraudes. Las circunstancias son inexplicables... casi diría increíbles; y hasta que vea un poco más de luz y algún motivo plausible, confieso que sentiría mucho poner la mano en la transacción. Le apelo a usted en esta dificultad en busca de información. Debo saber qué hay en el fondo de todo esto. Si no sabe, no puede adivinar o no está en condiciones de decírmelo, me pondré el sombrero y volveré a mi banco como vine.

—No sé —respondió el abogado—; pero tengo una excelente conjetura. Su padre, y nadie más, está en la raíz de este asunto aparentemente antinatural.

—¡Mi padre! —exclamó Francis con sumo desdén—. ¡Hombre cabal, conozco cada pensamiento suyo, cada penique de su fortuna!

—Mal interpreta usted mis palabras —dijo el abogado—. No me refiero al Sr. Scrymgeour padre; pues ese no es su padre. Cuando él y su esposa llegaron a Edimburgo usted tenía ya casi un año, y no llevaban tres meses al cuidado de usted. El secreto se ha guardado bien; pero ese es el hecho. Su padre es desconocido, y le repito que creo que es él el originador de las proposiciones que ahora se me encarga transmitirle.

Sería imposible exagerar el asombro de Francis Scrymgeour ante esta información inesperada. Alegó su confusión al abogado.

—Señor —dijo—, después de una noticia tan sorprendente debe concederme usted algunas horas para reflexionar. Esta tarde sabrá qué resolución he tomado.

El abogado elogió su prudencia; y Francis, excusándose con algún pretexto en el banco, dio un largo paseo por el campo y consideró detenidamente los distintos aspectos y pasos del caso. Un placentero sentimiento de su propia importancia le volvía más deliberado; pero el desenlace estaba desde el principio fuera de duda. Todo su ser carnal gravitaba irresistiblemente hacia las quinientas libras al año y las extrañas condiciones que las gravaban; descubrió en su corazón una invencible repugnancia hacia el nombre de Scrymgeour, que hasta entonces no le había desagradado; empezó a desdeñar los mezquinos e inrománticos intereses de su vida anterior; y una vez su ánimo decidido del todo, caminó con una nueva sensación de fuerza y libertad, nutriéndose de las anticipaciones más alegres.

Dijo pocas palabras al abogado, y de inmediato recibió un cheque por los dos trimestres atrasados; pues la asignación estaba fechada desde el primero de enero. Con eso en el bolsillo volvió a casa. El piso de Scotland Street le pareció mezquino a los ojos; sus fosas nasales, por primera vez, se rebelaron contra el olor a caldo; y observó pequeños defectos en los modales de su padre adoptivo que le llenaron de sorpresa y casi de repugnancia. Al día siguiente, se determinó, estaría ya en camino hacia París.

En aquella ciudad, adonde llegó mucho antes de la fecha señalada, se alojó en un hotel modesto frecuentado por ingleses e italianos, y se consagró a mejorar su francés; con este fin tomó un maestro dos veces por semana, entabló conversación con los paseantes de los Campos Elíseos y frecuentó el teatro todas las noches. Renovó de pies a cabeza su guardarropa; y cada mañana le afeitaban y

peinaban en una peluquería de una calle próxima. Eso le daba cierto aire extranjero y parecía borrar el reproche de sus años pasados.

Al fin, la tarde del sábado, se llegó al despacho de billetes del teatro de la Rue Richelieu. En cuanto dijo su nombre el empleado sacó la entrada en un sobre cuya dirección estaba aún fresca.

—La acaban de tomar —dijo el empleado.

—¿De veras? —dijo Francis—. ¿Puedo preguntar cómo era el caballero?

—Su amigo es fácil de describir —respondió el empleado—. Es viejo, fuerte y hermoso, con el pelo blanco y un tajo de sable en la cara. No puede usted dejar de reconocer a alguien tan llamativo.

—No, en verdad —respondió Francis—, y le agradezco su amabilidad.

—No puede de estar muy lejos —añadió el empleado—. Si corre puede que aún le alcance.

Francis no esperó a que se lo dijeran dos veces; salió precipitadamente del teatro a la calle y miró en todas direcciones. Más de un hombre de pelo blanco estaba a la vista; pero aunque alcanzó a cada uno de ellos sucesivamente, a todos les faltaba el tajo de sable. Durante casi media hora recorrió una calle tras otra por los alrededores, hasta que al fin, reconociendo lo insensato de seguir buscando, salió a dar un paseo para serenar sus sentimientos alterados; pues aquella proximidad de un encuentro con quien no podía dudar que le debía la vida había conmovido profundamente al joven.

Le llevó el camino por la Rue Drouot y luego por la Rue des Martyrs; y el azar, en este caso, le sirvió mejor que toda la previsión del mundo. Pues en el bulevar exterior vio a dos hombres que conversaban animadamente en un banco. Uno era moreno, joven y apuesto, vestido de paisano pero con un inequívoco sello clerical; el

otro respondía en todo particular a la descripción que le había dado el empleado. Francis sintió que el corazón le latía con fuerza; sabía que estaba a punto de oír la voz de su padre; y dando un amplio rodeo, tomó silenciosamente su lugar detrás de aquella pareja, demasiado absorta en su conversación para observar gran cosa. Como Francis había esperado, la conversación se desarrollaba en inglés.

—Sus sospechas empiezan a molestarme, Rolles —decía el más anciano—. Le digo que hago todo lo que puedo; un hombre no puede poner la mano encima de millones en un momento. ¿No le he recogido a usted, un perfecto desconocido, por pura buena voluntad? ¿No vive usted a expensas de mi generosidad?

—De sus adelantos, Mr. Vandeleur —le corrigió el otro.

—Adelantos, si lo prefiere; e interés en vez de buena voluntad, si lo prefiere —respondió Vandeleur con irritación—. No estoy aquí para escoger palabras. Los negocios son los negocios; y su negocio, permítame recordárselo, está demasiado turbio para esos remilgos. Confíe en mí o déjeme y busque a otro; pero pongamos de una vez fin, por el amor de Dios, a sus jeremiadas.

—Estoy empezando a conocer el mundo —respondió el otro—, y veo que tiene usted todas las razones para engañarme y ninguna para ser honrado. Tampoco estoy yo aquí para escoger palabras; usted quiere el diamante para sí mismo; lo sabe... no se atreve a negarlo. ¿No ha falsificado ya mi firma y registrado mi alojamiento en mi ausencia? Entiendo la causa de sus retrasos; está usted al acecho; usted es el cazador de diamantes, sin ir más lejos; y tarde o temprano, por las buenas o por las malas, pondrá la mano encima. Le digo que eso debe cesar; empújeme un poco más y le prometo una sorpresa.

—No le conviene a usted usar amenazas —respondió Vandeleur—. Dos pueden jugar a ese juego. Mi hermano está aquí en París; la policía está alerta; y si persiste usted en cansarme con sus plañidos,

le prepararé una pequeña sorpresa, Mr. Rolles. Pero la mía será de una vez y para siempre. ¿Entiende, o prefiere que se lo diga en hebreo? Todo tiene su fin, y usted ha llegado al fin de mi paciencia. El martes, a las siete; ni un día, ni una hora antes, ni la mínima fracción de segundo, aunque fuera para salvarle la vida. Y si no quiere esperar, váyase al abismo por lo que a mí me importa, y buen provecho.

Y dicho esto el dictador se levantó del banco y se alejó en dirección a Montmartre, sacudiendo la cabeza y blandiendo el bastón con el aire más furioso; mientras su compañero se quedaba donde estaba, en actitud de gran abatimiento.

Francis estaba en el colmo de la sorpresa y el horror; sus sentimientos habían recibido un golpe extremo; la esperanzada ternura con que había tomado asiento en el banco se había transformado en repulsión y desesperación; el viejo Mr. Scrymgeour, reflexionó, era un padre mucho más amable y respetable que aquel intrigante peligroso y violento; pero conservó la presencia de ánimo y no dejó pasar un momento antes de ponerse en la pista del dictador.

La furia de aquel caballero le lanzaba a paso vivo, y estaba tan absorto en sus iracundos pensamientos que no volvió la cabeza ni una sola vez hasta llegar a su propia puerta.

Su casa estaba en lo alto de la Rue Lepic, con dominio sobre todo París y disfrutando del aire puro de las alturas. Era de dos plantas, con postigos y contraventanas verdes; y todas las ventanas que daban a la calle estaban herméticamente cerradas. Las copas de los árboles asomaban sobre el alto muro del jardín, y el muro estaba protegido por abrojos. El dictador se detuvo un momento buscando en el bolsillo una llave; y luego, abriendo una cancela, desapareció en el interior.

Francis miró a su alrededor; el vecindario era muy solitario, la casa aislada en su jardín. Parecía que su observación iba a llegar aquí a

un corte brusco. Un segundo vistazo, sin embargo, le mostró una casa alta contigua que presentaba un hastial al jardín, y en ese hastial una ventana única. Se llegó a la fachada y vio un cartelito que ofrecía habitaciones sin amueblar por meses; y al preguntar, la habitación que daba al jardín del dictador resultó ser una de las que se alquilaban. Francis no vaciló un momento; tomó la habitación, dejó un mes adelantado y regresó a su hotel a buscar el equipaje.

El anciano del tajo de sable podía ser o no ser su padre; podía hallarse o no en la pista verdadera; pero estaba ciertamente al filo de un misterio apasionante, y se prometió no aflojar su vigilancia hasta haber llegado al fondo del secreto.

Desde la ventana de su nuevo apartamento Francis Scrymgeour dominaba una vista completa del jardín de la casa de los postigos verdes. Inmediatamente debajo de él un hermoso castaño de anchas ramas cobijaba un par de mesas rústicas donde la gente podía cenar en el rigor del verano. Por todos lados salvo uno una espesa vegetación ocultaba el suelo; pero allí, entre las mesas y la casa, veía un tramo de paseo de grava que iba del porche a la cancela del jardín. Estudiando el lugar desde detrás de los tablones de la persiana veneciana, que no se atrevía a abrir por miedo a atraer la atención, Francis observó poco que revelara las costumbres de los habitantes, y lo poco que veía sugería más que clausura y gusto por la soledad. El jardín era conventual, la casa tenía aspecto de prisión. Los postigos verdes estaban todos bajados por el exterior; la puerta del porche estaba cerrada; el jardín, en la medida en que podía verlo, estaba entregado a sí mismo bajo el sol vespertino. Un modesto hilo de humo de una sola chimenea era el único testimonio de la presencia de seres vivos.

Para no estar totalmente ocioso y dar cierto color a su modo de vida, Francis había comprado los Elementos de Euclides en francés, que se puso a copiar y traducir encima de su baúl, sentado en el suelo contra la pared; pues carecía igualmente de silla y de mesa. De cuando en cuando se levantaba y echaba una ojeada al recinto de la

casa de los postigos verdes; pero las ventanas permanecían obstinadamente cerradas y el jardín vacío.

Solo entrada la noche ocurrió algo que recompensó su continuada atención. Entre las nueve y las diez el agudo tintineo de una campana le sacó de un estado de adormecimiento; y corrió a su observatorio a tiempo de escuchar un importante ruido de cerraduras que se abrían y barras que se corrían, y de ver a Mr. Vandeleur, llevando un farol y ataviado con una bata de terciopelo negro con gorro a juego, salir por debajo del porche y encaminarse pausadamente hacia la cancela del jardín. El sonido de cerrojos y barras se repitió luego; y un momento después Francis vio al dictador escoltando al interior de la casa, a la luz móvil del farol, a un individuo del aspecto más bajo y despreciable.

Media hora después el visitante fue reconducido a la calle; y Mr. Vandeleur, poniendo su luz en una de las mesas rústicas, terminó un cigarro con gran deliberación bajo el follaje del castaño. Francis, espiando por un claro entre las hojas, podía seguir sus gestos al deshacerse de la ceniza o aspirar una profunda bocanada; y divisó una nube en el entrecejo del anciano y un movimiento enérgico de los labios que atestiguaban alguna profunda y probablemente dolorosa corriente de pensamiento. El cigarro estaba ya casi a punto de concluir cuando de repente se oyó la voz de una muchacha que desde el interior de la casa anunciaba la hora.

—Ahora mismo —respondió John Vandeleur.

Y con eso tiró la colilla y, cogiendo el farol, se marchó por el porche para la noche. En cuanto se cerró la puerta cayó una oscuridad absoluta sobre la casa; Francis podía forzar la vista cuanto quisiera sin distinguir el menor resquicio de luz debajo de una persiana; y concluyó, con muy buen sentido, que los dormitorios estaban todos al otro lado.

A primera hora de la mañana siguiente (pues se había despertado temprano después de una noche incómoda en el suelo) tuvo

motivos para adoptar una explicación diferente. Las persianas subieron, una tras otra, mediante un resorte interior, y dejaron al descubierto unos postigos de acero como los que se ven en las fachadas de las tiendas; estos a su vez fueron enrollados por un mecanismo similar; y durante el espacio de una hora aproximadamente los aposentos fueron dejados abiertos al aire de la mañana. Al cabo de ese tiempo Mr. Vandeleur, con sus propias manos, volvió a cerrar los postigos y repuso las persianas desde dentro.

Mientras Francis seguía maravillándose de estas precauciones, la puerta se abrió y una muchacha salió a mirar a su alrededor en el jardín. No pasaron dos minutos antes de que volviera a entrar en la casa, pero en ese breve tiempo vio lo suficiente para convencerse de que poseía los más inusuales encantos. Su curiosidad no solo se vio altamente excitada por ese incidente, sino que su ánimo se levantó en grado aún más notable. Las maneras alarmantes y la vida más que equívoca de su padre dejaron de atormentarle el pensamiento desde ese momento; desde ese momento abrazó a su nueva familia con ardor; y tanto si la joven resultaba ser su hermana como su prometida, estaba convencido de que era un ángel disfrazado. Tanto era así que lo asaltó un súbito horror al reflexionar en cuán poco sabía en realidad, y en cuán posible era que hubiera seguido a la persona equivocada al seguir a Mr. Vandeleur.

El portero, a quien consultó, podía darle poca información; pero tal como era tenía un sonido misterioso y equívoco. La persona de al lado era un caballero inglés de extraordinaria riqueza, y proporcionalmente excéntrico en gustos y costumbres. Poseía grandes colecciones, que guardaba en la casa misma; y para protegerlas había equipado el lugar con postigos de acero, complicadas cerraduras y abrojos en la tapia del jardín. Vivía mucho en soledad, a pesar de algunos extraños visitantes con quienes, al parecer, tenía tratos; y no había nadie más en la casa, excepto Mademoiselle y una criada anciana.

—¿Es Mademoiselle su hija? —preguntó Francis.

—Ciertamente —respondió el portero—. Mademoiselle es la hija de la casa; y es curioso ver cómo la hacen trabajar. Con toda su riqueza, es ella quien va al mercado; y todos los días de la semana puede usted verla pasar con la cesta al brazo.

—¿Y las colecciones? —preguntó el otro.

—Señor —dijo el hombre—, son inmensamente valiosas. Más no puedo decirle. Desde la llegada de M. de Vandeleur nadie en el barrio ha traspasado la puerta.

—Supongamos —respondió Francis—, pero algo debe de saber sobre lo que contienen esas famosas galerías. ¿Son cuadros, sedas, estatuas, joyas o qué?

—A fe mía, señor —dijo el hombre encogiéndose de hombros—, lo mismo podrían ser zanahorias y no lo sabría. ¿Cómo quiere que lo sepa? La casa está guardada como una guarnición, ya lo ve.

Y entonces, cuando Francis se retiraba decepcionado a su cuarto, el portero le llamó.

—Acabo de recordar, señor —dijo—. M. de Vandeleur ha estado en todas partes del mundo, y una vez oí a la anciana declarar que había traído muchos diamantes. Si eso es verdad, debe de haber buena muestra detrás de esos postigos.

A primera hora del domingo Francis estaba ya en su butaca del teatro. La localidad que le habían tomado distaba solo dos o tres números de la parte izquierda, y quedaba directamente frente a uno de los palcos bajos. Como la localidad había sido especialmente elegida, sin duda había algo que aprender de su posición; y juzgó por instinto que el palco a su derecha estaba ligado de algún modo al drama en que jugaba un papel sin saberlo. En efecto, estaba tan colocado que sus ocupantes podían observarle con toda seguridad de principio a fin de la representación, si así lo deseaban; mientras que, aprovechando la profundidad, podían resguardarse bastante bien de cualquier examen por su parte. Se prometió no perderlo de

vista un momento; y mientras recorría el teatro con los ojos o fingía atender al espectáculo, siempre mantenía un ojo en el palco vacío.

El segundo acto llevaba ya algún tiempo en curso, y se acercaba incluso a su final, cuando la puerta se abrió y dos personas entraron y se instalaron en la parte más oscura. Francis apenas pudo dominar su emoción. Era Mr. Vandeleur con su hija. La sangre le iba y venía por las arterias y venas con violencia aturdidora; los oídos le zumbaban; la cabeza le daba vueltas. No se atrevía a mirar, no fuera a despertar sospechas; su programa, que estuvo leyendo de punta a punta una y otra vez, pasaba de blanco a rojo ante sus ojos; y cuando los posaba en el escenario, le parecía incalculablemente lejano y encontraba las voces y gestos de los actores en el último grado impertinentes y absurdos.

De cuando en cuando se arriesgaba a echar una mirada momentánea en la dirección que más le interesaba; y en un momento al menos tuvo la certeza de que sus ojos se encontraron con los de la joven. Le recorrió un escalofrío y vio todos los colores del arcoíris. ¿Qué no habría dado por escuchar lo que se decía entre los Vandeleur? ¿Qué no habría dado por el valor de coger sus gemelos y observar fijamente su actitud y su expresión? Allí, por lo que sabía, se decidía toda su vida... y él sin poder intervenir, sin poder siquiera seguir el debate, condenado a permanecer donde estaba en impotente angustia.

Al fin el acto llegó a su fin. El telón cayó y la gente de su alrededor empezó a abandonar sus asientos durante el descanso. Era lo más natural que hiciera otro tanto; y si lo hacía, era no solo natural sino inevitable que pasara inmediatamente por delante del palco en cuestión. Reuniendo todo su valor pero manteniendo los ojos bajos, Francis se acercó al lugar. Su avance era lento, pues el anciano caballero que tenía delante se movía con increíble parsimonia. ¿Qué debía hacer? ¿Dirigir la palabra a los Vandeleur por su nombre al pasar? ¿Sacar la flor del ojal y arrojarla al palco? ¿Alzar el rostro y dirigir a la dama que era su hermana o su prometida una larga y afectuosa mirada? Mientras se debatía así entre tantas

alternativas, tuvo la visión de su tranquila existencia anterior en el banco, y le asaltó un pensamiento de nostalgia por el pasado.

En ese momento había llegado justo frente al palco; y aunque seguía sin decidirse a qué hacer o si hacer algo, volvió la cabeza y alzó los ojos. Nada más hacerlo lanzó un grito de decepción y se quedó clavado en el sitio. El palco estaba vacío. Durante su lento avance los Vandeleur habían aprovechado para marcharse tranquilamente.

Un cortés caballero que venía detrás le recordó que obstruía el paso; y siguió adelante a pasos mecánicos, dejándose llevar sin resistencia por la muchedumbre hasta salir del teatro. Ya en la calle, al cesar la presión, se detuvo, y el fresco aire nocturno le devolvió pronto el dominio de sus facultades. Le sorprendió comprobar que le dolía fuertemente la cabeza y que no recordaba ni una palabra de los dos actos que había presenciado. Al disiparse la excitación, fue sucedida por un apetito abrumador de dormir, y llamó a un coche que le llevó a su alojamiento en estado de extremo agotamiento y algún hastío de la vida.

A la mañana siguiente se apostó a esperar a Miss Vandeleur en su camino al mercado, y a eso de las ocho la vio bajar por un callejón. Iba sencilla, y hasta pobremente vestida; pero en el porte de su cabeza y su cuerpo había algo flexible y noble que habría distinguido el traje más humilde. Hasta la cesta, con tan buena gracia la llevaba, le sentaba como un adorno. Le pareció a Francis, mientras se metía en un umbral, que el sol la seguía y las sombras huían ante ella al caminar; y fue consciente, por primera vez, de un pájaro que cantaba en una jaula sobre el callejón.

La dejó pasar el umbral y luego, saliendo de nuevo, se dirigió a ella por su nombre desde atrás.

—Miss Vandeleur —dijo.

Ella se volvió, y al ver quién era se puso mortalmente pálida.

—Perdóneme —continuó—. El Cielo sabe que no era mi intención asustarla; y, en verdad, no hay nada alarmante en la presencia de quien le desea tan bien como yo. Y créame, actúo más por necesidad que por elección. Tenemos muchas cosas en común, y estoy tristemente a oscuras. Hay mucho que debería estar haciendo, y tengo las manos atadas. No sé ni siquiera qué sentir, ni quiénes son mis amigos y mis enemigos.

Ella recobró la voz con esfuerzo.

—No sé quién es usted —dijo.

—¡Ah, sí, Miss Vandeleur, lo sabe! —respondió Francis—, mejor de lo que yo mismo lo sé. En verdad, es sobre eso, ante todo, sobre lo que busco luz. Dígame lo que sabe —le suplicó—. Dígame quién soy yo, quién es usted y cómo están enlazados nuestros destinos. Ayúdeme un poco con mi vida, Miss Vandeleur... solo una palabra o dos que me guíen, solo el nombre de mi padre, si quiere..., y estaré agradecido y contento.

—No intentaré engañarle —respondió—. Sé quién es usted, pero no estoy en libertad de decirlo.

—Dígame al menos que me ha perdonado mi atrevimiento, y esperaré con toda la paciencia que tengo —dijo—. Si no debo saberlo, me arreglaré sin ello. Es cruel, pero puedo soportar más en un apuro. Solo no añada a mis tribulaciones el pensar que me he creado una enemiga.

—Solo hizo lo que era natural —respondió—, y no tengo nada que perdonarle. Adiós.

—¿Es un adiós? —preguntó él.

—Eso tampoco lo sé yo misma —respondió—. Adiós por ahora, si quiere.

Y con esas palabras ella se marchó.

Francis regresó a su alojamiento en estado de considerable agitación de ánimo. Avanzó muy poco con su Euclides durante aquella mañana, y estuvo más tiempo en la ventana que en su improvisado escritorio. Pero salvo ver regresar a Miss Vandeleur y el encuentro de esta con su padre, que fumaba un cigarro de Trichinopoli en el porche, no había nada notable en el vecindario de la casa de los postigos verdes antes de la hora de la comida del mediodía. El joven aplacó su apetito aprisa en un restaurante próximo y regresó con la velocidad de una curiosidad no saciada a la casa de la Rue Lepic. Un criado a caballo conducía un caballo de montar de un lado al otro frente a la tapia del jardín; y el portero del alojamiento de Francis fumaba una pipa contra el quicio de la puerta, absorto en la contemplación de la librea y los caballos.

—¡Mire! —le dijo al joven—. ¡Qué caballos tan hermosos! ¡Qué elegante uniforme! Pertenecen al hermano de M. de Vandeleur, que está ahora dentro de visita. Es un gran hombre, un general, en su país de usted; y sin duda le conocerá muy bien de reputación.

—Confieso —respondió Francis— que nunca había oído hablar del General Vandeleur. Tenemos muchos oficiales de ese grado, y mis ocupaciones han sido exclusivamente civiles.

—Es él —respondió el portero— quien perdió el gran diamante de las Indias. De eso al menos habrá leído usted muchas veces en los periódicos.

En cuanto Francis pudo desprenderse del portero corrió escaleras arriba y se llegó a la ventana. Inmediatamente debajo del claro en las hojas del castaño, los dos caballeros estaban sentados conversando sobre un cigarro. El General, hombre rubicundo y de aspecto militar, ofrecía cierto parecido familiar con su hermano; tenía algo de los mismos rasgos, algo, aunque muy poco, del mismo porte libre y poderoso; pero era mayor, más pequeño, y de aire más vulgar; su parecido era el de una caricatura, y parecía en conjunto un ser pobre y endeble al lado del dictador.

Hablaban en tonos tan bajos, inclinándose sobre la mesa con toda apariencia de interés, que Francis no podía captar más que alguna palabra o dos de tanto en tanto. Por lo poco que oía, estaba convencido de que la conversación versaba sobre él mismo y su propia carrera; varias veces le llegó el nombre de Scrymgeour, fácil de distinguir, y aún más frecuentemente creyó distinguir el nombre de Francis.

Al fin el General, como en un acceso de viva irritación, prorrumpió en varias exclamaciones violentas.

—¡Francis Vandeleur! —gritó, acentuando el apellido—. ¡Francis Vandeleur, le digo!

El dictador hizo un movimiento con todo el cuerpo, mitad afirmativo mitad desdeñoso, pero su respuesta era inaudible para el joven.

¿Era él el Francis Vandeleur en cuestión?, se preguntaba. ¿Estaban debatiendo el nombre bajo el que iba a casarse? ¿O era todo el asunto un sueño y una ilusión de su propia vanidad y ensimismamiento?

Tras otro intervalo de charla inaudible, la discordia pareció surgir de nuevo entre la pareja bajo el castaño, y otra vez el General alzó la voz con ira, de modo que Francis pudo oírle.

—¿Mi esposa? —exclamó—. He terminado con mi esposa para siempre. No quiero oír su nombre. Me hastía hasta su nombre.

Y soltó un juramento y aporreó la mesa con el puño.

El dictador pareció, a juzgar por sus gestos, calmarle de manera paternal; y poco después le acompañó a la cancela del jardín. Los dos se estrecharon la mano afectuosamente; pero en cuanto la puerta se cerró tras el visitante, John Vandeleur se deshizo en una carcajada que sonó poco amable e incluso diabólica en los oídos de Francis Scrymgeour.

Así había pasado otro día, y poco más aprendido. Pero el joven recordó que el día siguiente era martes, y se prometió algunos curiosos descubrimientos; todo podría ir bien o todo podría ir mal; pero estaba seguro, al menos, de recoger alguna información curiosa y, quizás con buena suerte, de llegar al corazón del misterio que rodeaba a su padre y a su familia.

Cuando se acercaba la hora de la cena se hicieron muchos preparativos en el jardín de la casa de los postigos verdes. La mesa que era en parte visible a Francis a través de las hojas del castaño estaba destinada a hacer de aparador, y llevaba platos de repuesto y los ingredientes de la ensalada; la otra, casi enteramente oculta, había sido reservada para los comensales, y Francis alcanzaba a vislumbrar un mantel blanco y cubiertos de plata.

Mr. Rolles llegó puntual al minuto; tenía el aspecto de alguien en guardia y hablaba bajo y con parquedad. El dictador, en cambio, parecía disfrutar de una animación inusual; su risa, que era juvenil y agradable de escuchar, sonaba con frecuencia en el jardín; por la modulación y los cambios de su voz era evidente que contaba muchas historias graciosas e imitaba los acentos de muy distintas naciones; y antes de que él y el joven clérigo hubieran terminado su vermut, todo sentimiento de desconfianza había cesado, y hablaban como un par de camaradas de colegio.

Al fin apareció Miss Vandeleur con la sopera. Mr. Rolles corrió a ofrecerle ayuda, que ella rechazó riendo; y hubo un intercambio de palabras amables entre los tres que parecía tener que ver con esa manera primitiva de servir uno de los comensales.

—Se está más a gusto así —se oyó declarar a Mr. Vandeleur.

Al momento siguiente los tres estaban en sus puestos, y Francis veía tan poco de lo que pasaba como oía. Pero la cena parecía ir animada; había un parloteo perpetuo de voces y ruido de cubiertos bajo el castaño; y Francis, que no tenía más que un panecillo para roer, se sentía acometido de envidia ante el sosiego y la

deliberación de la comida. Los comensales se demoraban en un plato tras otro y luego en un delicado postre, con una botella de vino añejo descorchado cuidadosamente por mano del propio dictador. Al empezar a oscurecer pusieron una lámpara sobre la mesa y un par de velas en el aparador; pues la noche era perfectamente serena, estrellada y sin viento. La luz se derramaba además por la puerta y la ventana del porche, de modo que el jardín quedaba bastante iluminado y las hojas centelleaban en la oscuridad.

Por décima vez quizás Miss Vandeleur entró en la casa; y en esta ocasión regresó con la bandeja del café, que colocó en el aparador. Al mismo tiempo su padre se levantó de su asiento.

—El café es cosa mía —oyó Francis que decía.

Y al instante siguiente vio a su presunto padre de pie junto al aparador, a la luz de las velas.

Hablando por encima del hombro todo el tiempo, Mr. Vandeleur sirvió dos tazas del estimulante marrón, y luego, mediante un rápido acto de prestidigitación, vació el contenido de un pequeño frasco en la menor de las dos. La cosa fue hecha con tanta rapidez que incluso Francis, que miraba directamente a su cara, apenas tuvo tiempo de percibir el movimiento antes de que estuviera consumado. Y al instante siguiente, sin dejar de reír, Mr. Vandeleur se había vuelto de nuevo hacia la mesa con una taza en cada mano.

—Antes de que acabemos con esto —dijo— podemos esperar a nuestro famoso hebreo.

Sería imposible describir la confusión y la angustia de Francis Scrymgeour. Veía desarrollarse ante sus ojos una jugarreta sucia, y se sentía obligado a intervenir, pero no sabía cómo. Podía ser una simple broma, y entonces ¿qué aspecto haría si daba una advertencia innecesaria? ¿O si era algo serio, y el criminal era acaso su propio padre? ¿Cómo no lamentarlo si había de traer la ruina sobre el autor de sus días? Por primera vez tomó conciencia de su propia posición como espía. Aguardar inactivo en semejante

tesitura y con semejante conflicto de sentimientos en el pecho era sufrir la tortura más aguda; se aferraba a los barrotes de las persianas, el corazón le latía deprisa e irregularmente, y sintió que le brotaba un sudor frío.

Pasaron varios minutos.

Le pareció percibir que la conversación iba muriendo y haciéndose menos viva y copiosa; pero todavía sin señal de ningún acontecimiento alarmante o siquiera notable.

De repente el tintín de un vaso al romperse fue seguido de un sonido suave y sordo, como de una persona que hubiera caído de bruces sobre la mesa. Al mismo tiempo un grito agudo brotó del jardín.

—¿Qué ha hecho usted? —exclamó Miss Vandeleur—. ¡Está muerto!

El dictador respondió en un susurro violento, tan fuerte y sibilante que cada palabra era audible para el observador de la ventana.

—¡Silencio! —dijo Mr. Vandeleur—. El hombre está tan bien como yo. Cójale de los pies mientras yo le cojo de los hombros.

Francis oyó a Miss Vandeleur romper en un acceso de llanto.

—¿Oye lo que le digo? —reanudó el dictador, en los mismos tonos—. ¿O desea usted disputar conmigo? Elija, Miss Vandeleur.

Hubo otra pausa, y el dictador volvió a hablar.

—Coja a ese hombre de los pies —dijo—. Hay que meterle en casa. Si fuera un poco más joven, me bastaría contra el mundo entero. Pero ahora que los años y los peligros pesan sobre mí y que tengo las fuerzas mermadas, debo recurrir a usted.

—Es un crimen —respondió la joven.

—Soy su padre —dijo Mr. Vandeleur.

Esta apelación pareció surtir su efecto. Se escuchó un ruido de pies arrastrándose sobre la grava, cayó una silla; y entonces Francis vio al padre y la hija tambaleándose por el paseo y desapareciendo bajo el porche, cargando el cuerpo inerte de Mr. Rolles asido por las rodillas y los hombros. El joven clérigo estaba flácido y lívido, y la cabeza le rodaba sobre los hombros a cada paso.

¿Estaba vivo o muerto? Francis, a pesar de la declaración del dictador, se inclinaba por lo último. Se había cometido un gran crimen; una gran calamidad había caído sobre los habitantes de la casa de los postigos verdes. Para su sorpresa, Francis comprobó que todo horror por el acto quedaba absorbido en él por la compasión hacia una muchacha y un anciano a quienes juzgaba en el mayor peligro. Una marea de sentimientos generosos le inundó el corazón; él también ayudaría a su padre contra los hombres y el género humano, contra el destino y la justicia; y abriendo de golpe las persianas cerró los ojos y se arrojó con los brazos extendidos al follaje del castaño.

Una tras otra las ramas se le escurrían de las manos o se quebraban bajo su peso; luego atrapó una vigorosa bajo la axila y quedó suspendido un instante; luego se dejó caer y cayó pesadamente contra la mesa. Un grito de alarma desde la casa le advirtió que su entrada no había pasado inadvertida. Se recuperó dando un traspié, y de tres saltos cruzó el espacio intermedio y se plantó ante la puerta del porche.

En un pequeño aposento, enmoquetado de estera y rodeado de vitrinas con objetos raros y valiosos, Mr. Vandeleur se inclinaba sobre el cuerpo de Mr. Rolles. Se irguió al entrar Francis, y hubo un paso instantáneo de manos. Fue cosa de un segundo; tan rápido como puede parpadear un ojo ya estaba hecho; el joven no tuvo tiempo de estar seguro, pero le pareció que el dictador había tomado algo del pecho del cura, lo había mirado una fracción de instante mientras yacía en su mano, y luego lo había pasado repentina y velozmente a su hija.

Todo esto ocurrió mientras Francis tenía todavía un pie en el umbral y el otro levantado en el aire. Al instante siguiente estaba de rodillas ante Mr. Vandeleur.

—¡Padre! —exclamó—. Déjeme ayudarle también a usted. Haré lo que quiera y no haré preguntas; le obedeceré con mi vida; tráteme como a un hijo y hallará en mí la devoción de un hijo.

Una deplorable explosión de juramentos fue la primera respuesta del dictador.

—¿Hijo y padre? ¿Padre e hijo? —exclamó—. ¿Qué diablos de comedia antinatural es toda esta? ¿Cómo está usted en mi jardín? ¿Qué quiere? ¿Y quién diablos es usted?

Francis, con expresión aturdida y avergonzada, se puso en pie y permaneció en silencio.

Luego pareció llegarle una luz a Mr. Vandeleur, y soltó una carcajada.

—Ya veo —exclamó—. Es el Scrymgeour. Muy bien, Mr. Scrymgeour. Permítame decirle en pocas palabras en qué situación se encuentra. Ha entrado usted en mi residencia particular por la fuerza, o quizás por el engaño, pero ciertamente sin la menor invitación de mi parte; y viene usted en un momento de cierto contratiempo, habiendo tenido un invitado un vahído en mi mesa, para acosarme con sus protestas. No es usted hijo mío. Es usted el bastardo de mi hermano de una pescadera, si quiere saberlo. Le considero con una indiferencia que raya en la aversión; y a juzgar por lo que ahora veo de su conducta, opino que su mente se corresponde exactamente con su exterior. Le recomiendo estas mortificantes reflexiones para sus horas de ocio; y entretanto, le ruego encarecidamente que nos libre de su presencia. Si no estuviera ocupado —añadió el dictador con un espantoso juramento— le atizaría la paliza más tremenda antes de marcharse.

Francis escuchó con profunda humillación. Habría huido si hubiera podido; pero como no tenía medios de salir de la residencia en que tan desgraciadamente había penetrado, no podía hacer otra cosa que quedarse parado donde estaba.

Fue Miss Vandeleur quien rompió el silencio.

—Padre —dijo—, habla usted en su cólera. Mr. Scrymgeour habrá podido equivocarse, pero sus intenciones eran buenas y amables.

—Le doy las gracias por hablar —respondió el dictador—. Me recuerda usted otras observaciones que entiendo deber de honor hacer a Mr. Scrymgeour. Mi hermano —continuó, dirigiéndose al joven— ha sido bastante necio para darle una asignación; fue bastante necio y presuntuoso para proponer un matrimonio entre usted y esta joven. Se le exhibió a ella hace dos noches; y me complace decirle que ella rechazó la idea con repugnancia. Añado que tengo considerable influencia sobre su padre; y no será culpa mía que no le corten la asignación y le devuelvan a su pluma de escribiente antes de que acabe la semana.

Los tonos de la voz del anciano eran, si cabe, más hirientes aún que sus palabras; Francis se sentía expuesto al más cruel, aplastante e insoportable desprecio; la cabeza le daba vueltas, y se tapó la cara con las manos lanzando un sollozo sin lágrimas de agonía. Pero Miss Vandeleur intervino de nuevo en su favor.

—Mr. Scrymgeour —dijo, hablando en tonos claros y uniformes—, no debe usted apesadumbrarse por las duras expresiones de mi padre. Yo no sentí repugnancia hacia usted; al contrario, pedí una ocasión de conocerle mejor. En cuanto a lo ocurrido esta noche, sepa que ha llenado mi ánimo de compasión y estima.

En ese momento Mr. Rolles dio un movimiento convulsivo con el brazo, que convenció a Francis de que solo estaba narcotizado y empezaba a sacudirse el efecto del opiáceo. Mr. Vandeleur se inclinó sobre él y le examinó el rostro un instante.

—¡Basta ya! —exclamó levantando la cabeza—. Y ya que tanto le gusta su conducta, Miss Vandeleur, coja usted una vela y acompañe al bastardo a la puerta.

La joven se apresuró a obedecer.

—Se lo agradezco —dijo Francis en cuanto quedó a solas con ella en el jardín—. Se lo agradezco de todo corazón. Ha sido esta la noche más amarga de mi vida, pero tendrá siempre un recuerdo grato.

—Hablé como lo sentía —respondió ella—, y por justicia a usted. Me dolió en el alma verle tratar con tanta dureza.

Para entonces habían llegado a la cancela del jardín; y Miss Vandeleur, habiendo depositado la vela en el suelo, se disponía ya a descorrer los cerrojos.

—Una palabra más —dijo Francis—. ¿No es esta la última vez...? ¿Volveré a verla?

—¡Ay! —respondió—. Ya ha oído usted a mi padre. ¿Qué puedo hacer sino obedecer?

—Dígame al menos que no es con su consentimiento —respondió Francis—; dígame que no desea que sea esta la última vez que nos vemos.

—En verdad —respondió—, no lo deseo. Me parece usted valiente y honrado.

—Entonces —dijo Francis—, déme algo como recuerdo.

Ella se detuvo un momento, con la mano en la llave; pues todas las barras y cerrojos habían sido descorridos, y no quedaba más que abrir la cerradura.

—Si acepto —dijo—, ¿promete usted hacer lo que le mande al pie de la letra?

—¿Puede siquiera preguntármelo? —respondió Francis—. Lo haría de buena gana con su sola palabra.

Ella giró la llave y abrió la puerta de par en par.

—Sea —dijo—. No sabe lo que pide, pero sea. Pase lo que pase —continuó—, no regrese a esta casa; corra aprisa hasta los barrios iluminados y concurridos de la ciudad; incluso allí esté en guardia. Está usted en mayor peligro de lo que imagina. Prométame que no mirará mi regalo hasta que esté en un lugar seguro.

—Lo prometo —respondió Francis.

Ella puso algo envuelto holgadamente en un pañuelo en la mano del joven; y al mismo tiempo, con más fuerza de la que cabría esperar en ella, le empujó a la calle.

—¡Ahora, corra! —exclamó.

Oyó la puerta cerrarse a sus espaldas y el ruido de los cerrojos al volver a su sitio.

«A fe mía», dijo él, «¡ya que lo he prometido!»

Y echó a correr por el callejón que desemboca en la Rue Ravignan.

No llevaba cincuenta pasos de la casa de los postigos verdes cuando el más diabólico de los estridores surgió de repente del silencio nocturno. Mecánicamente se detuvo; otro transeúnte hizo lo mismo; en los pisos vecinos vio a gente asomarse a las ventanas; una conflagración no habría producido mayor conmoción en aquel barrio desierto. Y sin embargo todo parecía obra de un solo hombre, rugiendo entre el dolor y la rabia, como una leona a quien han arrebatado las crías; y Francis se sorprendió y alarmó al oír su propio nombre gritado con maldiciones inglesas al viento.

Su primer impulso fue volver a la casa; el segundo, recordando el consejo de Miss Vandeleur, continuar su huida con mayor presteza que antes; y estaba a punto de volverse para poner en práctica este

pensamiento cuando el dictador, descubierto, a voces, el pelo blanco ondeando sobre la cabeza, pasó ante él como una bala de cañón y se lanzó por la calle abajo.

«Ha sido por los pelos», pensó Francis para sí. «Lo que quiere conmigo y por qué está tan agitado no lo entiendo; pero está claro que no es buena compañía por el momento, y no puedo hacer nada mejor que seguir el consejo de Miss Vandeleur.»

Dicho lo cual se volvió para rehacer sus pasos, con la intención de dar un rodeo y bajar por la propia Rue Lepic mientras su perseguidor continuara buscándole por la otra calle. El plan estaba mal trazado: lo que habría debido hacer era sentarse en el café más cercano y esperar allí hasta que pasara el primer ardor de la persecución. Pero además de que Francis no tenía experiencia ni mucho talento natural para la pequeña guerra de la vida privada, tenía tan poca conciencia de ninguna culpa de su parte que no veía nada que temer más allá de una entrevista desagradable. Y a las entrevistas desagradables sentía ya haber servido de aprendiz esa noche; ni podía suponer que Miss Vandeleur hubiera dejado algo por decir. La verdad es que el joven estaba dolorido en cuerpo y alma: en el cuerpo todo contusionado, en el alma llena de flechas punzantes; y reconocía para sí que Mr. Vandeleur dominaba una lengua de lo más mortífera.

El recuerdo de sus contusiones le recordó que no solo había salido sin sombrero, sino que su ropa había sufrido considerablemente en su descenso por el castaño. En la primera tienda que encontró compró un flexible barato y fue mínimamente reparado el desorden de su toilette. El regalo, todavía envuelto en el pañuelo, lo metió entretanto en el bolsillo del pantalón.

No muchos pasos más allá de la tienda sintió de repente un golpe violento: una mano en el cuello, un rostro furioso cerca del suyo y una boca abierta lanzándole imprecaciones al oído. El dictador, no habiendo encontrado rastro de su presa, volvía por el otro camino. Francis era un joven fornido; pero no era rival para su adversario ni

en fuerza ni en habilidad; y después de unos pocos forcejeos inútiles se resignó enteramente a su captor.

—¿Qué quiere usted de mí? —dijo.

—En casa hablaremos —respondió el dictador con frialdad.

Y siguió llevando al joven cuesta arriba en dirección a la casa de los postigos verdes.

Pero Francis, aunque ya no luchaba, solo esperaba una ocasión para hacer una acometida audaz por la libertad. Con un tirón repentino dejó el cuello de su levita en manos de Mr. Vandeleur, y una vez más se lanzó a toda velocidad en dirección a los bulevares.

Las tornas habían cambiado. Si el dictador era el más fuerte, Francis, en la plenitud de su juventud, era el más ligero de pies, y pronto se perdió entre la muchedumbre. Aliviado por un momento, pero con un sentimiento creciente de alarma y perplejidad, caminó a paso vivo hasta desembocar en la Place de l'Opéra, iluminada como de día con lámparas eléctricas.

«Esto, al menos —pensó—, debería satisfacer a Miss Vandeleur.»

Y torciendo a la derecha por los bulevares, entró en el Café Américain y pidió cerveza. Era a la vez tarde y temprano para la mayoría de los frequentadores del establecimiento. Solo dos o tres personas, todos hombres, estaban repartidas aquí y allá en mesas separadas en el salón; y Francis estaba demasiado absorto en sus pensamientos para reparar en su presencia.

Sacó el pañuelo del bolsillo. El objeto envuelto en él resultó ser un estuche de tafilete, con hebilla y adornos en oro, que se abría mediante un resorte y reveló al horrorizado joven un diamante de tamaño monstruoso y extraordinaria brillantez. La circunstancia era tan inexplicable, el valor de la piedra era evidentemente tan enorme, que Francis se quedó mirando fijamente el estuche abierto sin

moverse, sin pensamiento consciente, como un hombre al que hubiera golpeado de repente la idiotez.

Una mano se posó sobre su hombro, suave pero firme, y una voz tranquila que tenía, sin embargo, el timbre del mando, pronunció estas palabras en su oído:

—Cierre el estuche y componga su semblante.

Alzando la vista, vio a un hombre todavía joven, de presencia apacible y urbana, vestido con rica sencillez. Este personaje se había levantado de una mesa vecina y, llevándose consigo su copa, había tomado asiento al lado de Francis.

—Cierre el estuche —repitió el desconocido—, y vuélvalo tranquilamente al bolsillo, donde tengo para mí que nunca debería haber estado. Haga el favor, si puede, de deshacerse de su aire desconcertado y actúe como si fuera uno de sus conocidos a quien ha encontrado por casualidad. ¡Bien! Brinde conmigo. Eso está mejor. Me temo, señor, que usted debe de ser un aficionado.

Y el desconocido pronunció estas últimas palabras con una sonrisa de peculiar significado, se recostó en su asiento y aspiró una profunda bocanada de tabaco.

—Por el amor de Dios —dijo Francis—, dígame quién es usted y qué significa esto. Por qué haya de obedecer sus sugerencias tan insólitas no sabría decirlo; pero la verdad es que he caído esta noche en tantas aventuras perplejas, y todos los que encuentro se conducen de manera tan extraña, que creo debo o haber perdido el juicio o haberme extraviado en otro planeta. Su cara me inspira confianza; parece usted sabio, bueno y experimentado; dígame, por el amor de Dios, por qué me aborda de manera tan singular.

—A su debido tiempo —respondió el desconocido—. Pero yo llevo la mano inicial, y deberá usted empezar por decirme cómo está en su poder el Diamante del Rajá.

—¡El Diamante del Rajá! —repitió Francis.

—No hablaría tan alto si fuera usted —respondió el otro—. Pero indudablemente tiene usted en el bolsillo el Diamante del Rajá. Lo he visto y tocado veinte veces en la colección de Sir Thomas Vandeleur.

—¡Sir Thomas Vandeleur! ¡El General! ¡Mi padre! —exclamó Francis.

—¿Su padre? —repitió el desconocido—. No sabía que el General tuviera familia.

—Soy ilegítimo, señor —respondió Francis ruborizándose.

El otro se inclinó con gravedad. Fue una inclinación respetuosa, como de un hombre que se disculpa silenciosamente con su igual; y Francis se sintió aliviado y reconfortado, no sabía bien por qué. La compañía de esta persona le hacía bien; parecía tocar tierra firme; nació en él un fuerte sentimiento de respeto, y mecánicamente se quitó el flexible como en presencia de un superior.

—Percibo —dijo el desconocido— que sus aventuras no han sido todas pacíficas. Tiene el cuello roto, la cara arañada, un corte en la sien; me permitirá usted tal vez que le pregunte cómo se hizo esas heridas, y cómo ocurre que lleva en el bolsillo propiedad robada de valor enorme.

—¡Debo diferir de usted! —respondió Francis con ardor—. No poseo propiedad robada alguna. Y si se refiere al diamante, me lo dio hace menos de una hora Miss Vandeleur en la Rue Lepic.

—¿Miss Vandeleur de la Rue Lepic! —repitió el otro—. Me interesa usted más de lo que cree. Tenga la bondad de continuar.

—¡Dios mío! —exclamó Francis.

Su memoria había dado un salto súbito. Había visto a Mr. Vandeleur tomar algo del pecho de su visitante narcotizado, y ese algo, estaba

ahora convencido, era un estuche de tafelete.

—¿Tiene usted fuego? —preguntó el desconocido.

—Escúcheme —respondió Francis—. No sé quién es usted, pero le creo digno de confianza y dispuesto a ayudar; me encuentro en aguas desconocidas; necesito consejo y apoyo, y ya que me lo ofrece le contaré todo.

Y narró brevemente sus experiencias desde el día en que fue convocado del banco por su abogado.

—La suya es en efecto una historia notable —dijo el desconocido, después de que el joven hubiera llegado al fin de su relato—, y su situación está llena de dificultad y peligro. Muchos le aconsejarían que buscara a su padre y le entregara el diamante; pero yo tengo otras miras. ¡Camarero! —exclamó.

El camarero se acercó.

—¿Tendría la amabilidad de pedir al director que hable conmigo un momento? —dijo; y Francis observó de nuevo, tanto en su tono como en sus modales, la evidencia de un hábito de mando.

El camarero se retiró y regresó al momento con el director, que saludó con obsequioso respeto.

—¿Qué —dijo— puedo hacer para servirle?

—Tenga la bondad —respondió el desconocido, señalando a Francis— de decirle a este caballero mi nombre.

—Tiene usted el honor, señor —dijo el empleado dirigiéndose al joven Scrymgeour—, de ocupar la misma mesa que Su Alteza el Príncipe Florizel de Bohemia.

Francis se levantó precipitadamente e hizo una reverencia agradecida al Príncipe, que le rogó que volviera a sentarse.

—Le doy las gracias —dijo Florizel, dirigiéndose de nuevo al empleado—; siento haberle molestado por tan poca cosa.

Y le despidió con un movimiento de la mano.

—Y ahora —añadió el Príncipe, volviéndose hacia Francis—, déme el diamante.

Sin una palabra el estuche fue entregado.

—Ha hecho usted bien —dijo Florizel—; sus sentimientos le han guiado correctamente, y tendrá usted motivos de gratitud por los infortunios de esta noche. Un hombre, Mr. Scrymgeour, puede caer en mil perplejidades; pero si su corazón es recto y su inteligencia está clara, saldrá de todas ellas sin deshonra. Esté usted tranquilo; sus asuntos están en mis manos; y con la ayuda del Cielo soy bastante fuerte para llevarlos a buen fin. Sígame, si tiene la bondad, hasta mi carruaje.

Dicho lo cual el Príncipe se levantó y, habiendo dejado una moneda de oro para el camarero, acompañó al joven fuera del café y por el bulevar hasta donde le esperaban un discreto brougham y un par de criados en traje de paisano.

—Este carruaje —dijo— está a su disposición; recoja su equipaje con la mayor comodidad posible, y mis criados le conducirán a una villa en las afueras de París donde puede esperar con alguna comodidad hasta que haya tenido tiempo de arreglar su situación. Encontrará allí un jardín agradable, una biblioteca de buenos autores, un cocinero, una bodega y unos buenos puros que le recomiendo a su atención. Jérôme —añadió, volviéndose hacia uno de los criados—, ya ha oído lo que digo; dejo a Mr. Scrymgeour a su cargo; sé que sabrá cuidar de mi amigo.

Francis balbució algunas frases de gratitud.

—Habrá tiempo de sobra para darme las gracias —dijo el Príncipe— cuando su padre le haya reconocido y usted esté casado con Miss

Vandeleur.

Y con eso el Príncipe se volvió y se alejó pausadamente en dirección a Montmartre. Llamó al primer coche que pasó, dio una dirección, y un cuarto de hora después, habiendo despedido al cochero a cierta distancia, llamaba a la cancela del jardín de Mr. Vandeleur.

Esta fue abierta con singulares precauciones por el propio dictador.

—¿Quién es? —preguntó.

—Debe usted perdonarme esta visita tardía, Mr. Vandeleur —respondió el Príncipe.

—Vuestra Alteza siempre es bien recibida —respondió Mr. Vandeleur, haciéndose a un lado.

El Príncipe aprovechó el espacio abierto y, sin esperar al anfitrión, se metió derechamente en la casa y abrió la puerta del salón. Había dos personas sentadas allí; una era Miss Vandeleur, que llevaba en los ojos las huellas del llanto y era sacudida todavía de cuando en cuando por un sollozo; en la otra el Príncipe reconoció al joven que le había consultado asuntos literarios aproximadamente un mes antes, en la sala de fumadores de un club.

—Buenas noches, Miss Vandeleur —dijo Florizel—; parece usted fatigada. Mr. Rolles, me parece. Confío en que haya sacado provecho del estudio de Gaboriau, Mr. Rolles.

Pero el temperamento del joven clérigo estaba demasiado exacerbado para hablar; y se contentó con hacer una reverencia tiesa y seguir mordiéndose el labio.

—¿A qué buen viento —dijo Mr. Vandeleur, siguiendo a su huésped— debo el honor de la presencia de Vuestra Alteza?

—He venido por negocios —respondió el Príncipe—; por negocios con usted; en cuanto estén despachados le rogaré a Mr. Rolles que

me acompañe a dar un paseo. Mr. Rolles —añadió con severidad—, hágame observar que todavía no me he sentado.

El clérigo se puso en pie de un salto con una disculpa; donde el Príncipe tomó un sillón junto a la mesa, le pasó el sombrero a Mr. Vandeleur, el bastón a Mr. Rolles, y, dejándoles de pie ocupados así en su servicio, habló de la siguiente manera:

—He venido aquí, como he dicho, por negocios; pero aunque hubiera venido en busca de placer, no habría podido estar más descontento de mi recibimiento ni más insatisfecho con mi compañía. Usted, señor —dirigiéndose a Mr. Rolles—, ha tratado con descortesía a su superior en categoría; usted, Vandeleur, me recibe con una sonrisa, pero sabe muy bien que sus manos no están limpias de mala conducta. No deseo que me interrumpen, señor —añadió imperiosamente—; estoy aquí para hablar, no para escuchar; y le pido que me escuche con respeto y obedezca puntualmente. En la fecha más próxima posible su hija se casará en la Embajada con mi amigo, Francis Scrymgeour, el hijo reconocido de su hermano de usted. Le ruego que tenga a bien ofrecerle no menos de diez mil libras en dote. En cuanto a usted, le indicaré por escrito una misión de cierta importancia en Siam que destino a su cargo. Y ahora, señor, me responderá usted en dos palabras si acepta o no estas condiciones.

—Vuestra Alteza me permitirá —dijo Mr. Vandeleur— y tendrá la bondad de admitir que le someta respetuosamente dos preguntas.

—Concedido el permiso —respondió el Príncipe.

—Vuestra Alteza —reanudó el dictador— ha llamado a Mr. Scrymgeour su amigo. Créame, si hubiera sabido que gozaba de ese honor, le habría tratado con el respeto correspondiente.

—Interroga usted con habilidad —dijo el Príncipe—; pero no le servirá de nada. Tiene usted mis instrucciones; aunque no lo hubiera visto antes de esta noche, no por eso serían menos absolutas.

—Vuestra Alteza interpreta mi pensamiento con su acostumbrada sutileza —respondió Vandeleur—. Una cosa más: he dado, desgraciadamente, parte a la policía contra Mr. Scrymgeour acusándole de robo; ¿debo retirar o mantener la acusación?

—Como usted guste —respondió Florizel—. La cuestión es entre su conciencia y las leyes de este país. Deme mi sombrero; y usted, Mr. Rolles, deme mi bastón y sígame. Miss Vandeleur, le deseo buenas noches. Deduzco —añadió a Vandeleur— que su silencio significa un asentimiento sin reservas.

—Si no puedo hacerlo mejor —respondió el anciano—, me someteré; pero le aviso abiertamente que no será sin lucha.

—Es usted viejo —dijo el Príncipe—; pero los años son vergonzosos para los malvados. Su ancianidad es menos sensata que la juventud de otros. No me provoque, o puede hallarme más duro de lo que imagina. Es la primera vez que me cruzo con usted en su camino con ira; cuide de que sea la última.

Con estas palabras, haciendo señas al clérigo para que le siguiera, Florizel salió del aposento y dirigió sus pasos hacia la cancela del jardín; y el dictador, siguiéndoles con un farol, les dio luz y volvió a deshacer los elaborados cierres con que procuraba protegerse de intrusiones.

—Su hija ya no está presente —dijo el Príncipe, deteniéndose en el umbral—. Le hago saber que entiendo sus amenazas; y basta con que levante la mano para atraer sobre usted una ruina repentina e irremediable.

El dictador no respondió; pero cuando el Príncipe le dio la espalda a la luz de la lámpara hizo un gesto de amenaza e insana furia; y al instante siguiente, deslizándose por una esquina, corría a toda velocidad hacia la parada de coches más cercana.

(Aquí, dice mi árabe, se aparta definitivamente el hilo de los sucesos de La casa de los postigos verdes. Una aventura más, añade, y habremos terminado con El diamante del Rajá. Ese último eslabón de la cadena es conocido entre los habitantes de Bagdad por el nombre de La aventura del príncipe Florizel y un detective.)

LA AVENTURA DEL PRÍNCIPE FLORIZEL Y UN DETECTIVE

El príncipe Florizel acompañó a Mr. Rolles hasta la puerta de un pequeño hotel donde residía el último. Hablaron mucho juntos, y el clérigo se emocionó en varias ocasiones hasta las lágrimas por la severidad y la ternura mezcladas en los reproches de Florizel.

—He hecho ruinas de mi vida —dijo al fin—. Ayúdeme; dígame qué debo hacer; no tengo, ¡ay!, ni las virtudes de un sacerdote ni la habilidad de un pícaro.

—Ahora que está usted humillado —dijo el Príncipe—, ya no mando; los arrepentidos tienen que ver con Dios, no con los príncipes. Pero si quiere un consejo, váyase a Australia como colono, busque trabajo manual al aire libre, e intente olvidar que alguna vez fue clérigo o que alguna vez puso los ojos en esa maldita piedra.

—¡Maldita sin duda! —respondió Mr. Rolles—. ¿Dónde está ahora? ¿Qué nuevos males no está causando a la humanidad?

—No causará ya más daño —respondió el Príncipe—. Está aquí, en mi bolsillo. Y esto —añadió con amabilidad— demostrará que deposito alguna fe en su arrepentimiento, por joven que sea.

—Permítame estrecharle la mano —suplicó Mr. Rolles.

—No —respondió el príncipe Florizel—, todavía no.

El tono con que pronunció estas últimas palabras era elocuente en los oídos del joven clérigo; y durante algunos minutos después de que el Príncipe se hubiera alejado permaneció en el umbral siguiendo con la vista la figura que se retiraba e invocando la bendición del Cielo sobre un hombre tan excelente en consejos.

Durante varias horas el Príncipe anduvo solo por calles poco frecuentadas. Su ánimo estaba lleno de inquietud; qué hacer con el diamante, si devolverlo a su dueño, a quien juzgaba indigno de tan rara posesión, o tomar una medida radical y valerosa y ponerlo fuera del alcance de todos los hombres de una vez y para siempre, era un problema demasiado grave para resolverse en un momento. La manera en que había llegado a sus manos le parecía manifiestamente providencial; y al sacar la joya y mirarla a la luz de los faroles, su tamaño y su extraordinaria brillantez le inclinaban cada vez más a considerarla un mal puro y peligroso para el mundo.

«¡Dios me ayude!», pensó. «Si la miro mucho más, empezaré a volverme codicioso yo mismo.»

Al fin, aunque todavía indeciso, encaminó sus pasos hacia la pequeña pero elegante mansión a orillas del río que desde siglos pertenecía a su familia real. Las armas de Bohemia están profundamente grabadas sobre la puerta y sobre las altas chimeneas; los transeúntes tienen acceso visual a un patio verde sembrado de las flores más costosas, y una cigüeña, la única de París, se posa todo el día sobre el alero y mantiene una muchedumbre ante la casa. Graves criados van y vienen a la vista dentro; y de cuando en cuando el gran portón se abre y un carruaje pasa bajo el arco. Por muchas razones esa residencia era especialmente cara al corazón del príncipe Florizel; nunca se acercaba a ella sin disfrutar de ese sentimiento del regreso al hogar tan raro en las vidas de los grandes; y en aquella noche contempló su alto tejado y sus ventanas suavemente iluminadas con genuina satisfacción y alivio.

Se acercaba ya a la puerta trasera por la que siempre entraba cuando iba solo, cuando un hombre salió de la sombra y se presentó con una reverencia en el camino del Príncipe.

—¿Tengo el honor de dirigirme al príncipe Florizel de Bohemia? —dijo.

—Ese es mi título —respondió el Príncipe—. ¿Qué quiere de mí?

—Soy —dijo el hombre— un detective, y tengo que presentar a Vuestra Alteza este billete del Prefecto de Policía.

El Príncipe tomó la carta y la leyó a la luz del farol de la calle. Era muy disculpatoria, pero le rogaba que siguiera al portador hasta la Prefectura sin demora.

—En suma —dijo Florizel—, estoy detenido.

—Vuestra Alteza —respondió el agente—, nada, estoy seguro, podría estar más lejos de la intención del Prefecto. Observará que no ha librado orden de detención. Es mera formalidad; o llámelo, si lo prefiere, una obligación que Vuestra Alteza impone a las autoridades.

—Al mismo tiempo —preguntó el Príncipe—, si me negara a seguirle...

—No voy a ocultarle a Vuestra Alteza que se me ha concedido un amplio margen de discreción —respondió el detective con una reverencia.

—¡A fe mía —exclamó Florizel—, su desfachatez me asombra! Usted, como agente, debo perdonarle; pero sus superiores pagarán caro su mala conducta. ¿Cuál es, en su opinión, la causa de este acto impolítico e inconstitucional? Observe usted que todavía no he rehusado ni aceptado, y mucho puede depender de la prontitud e ingenuidad de su respuesta. Le recuerdo, agente, que esto es asunto de cierta gravedad.

—Vuestra Alteza —dijo el detective con humildad—, el General Vandeleur y su hermano han tenido la increíble osadía de acusar a Vuestra Alteza de robo. El famoso diamante, declaran, está en manos de Vuestra Alteza. Una palabra suya en sentido contrario satisfará sobradamente al Prefecto; es más, voy más lejos: si Vuestra Alteza se dignara honrar a un subalterno declarando su ignorancia del asunto incluso a mí mismo, le pediría permiso para retirarme al instante.

Florizel, hasta el último momento, había considerado su aventura como una insignificancia, únicamente sería desde el punto de vista internacional. Al nombre de Vandeleur la horrible verdad le golpeó de repente; no solo estaba detenido, sino que era culpable. No era solo un incidente molesto; era un peligro para su honor. ¿Qué decir? ¿Qué hacer? El Diamante del Rajá era en efecto una piedra maldita; y parecía como si él fuera a ser la última víctima de su influencia.

Una cosa era cierta: no podía dar la declaración pedida al detective. Debía ganar tiempo.

Su vacilación no duró un segundo.

—Sea —dijo—; caminemos juntos hacia la Prefectura.

El hombre volvió a hacer una reverencia y procedió a seguir a Florizel a una distancia respetuosa por la zaga.

—Acérquese —dijo el Príncipe—. Tengo ganas de hablar, y si no me equivoco, ahora que le miro de nuevo, esta no es la primera vez que nos encontramos.

—Lo considero un honor —respondió el agente—, que Vuestra Alteza recuerde mi cara. Hace ocho años tuve el placer de una entrevista.

—Recordar caras —respondió Florizel— es parte de mi oficio tanto como del suyo. Bien mirado, un príncipe y un detective sirven en el mismo cuerpo. Somos ambos combatientes contra el crimen; solo

que el mío es el rango más lucrativo y el suyo el más peligroso, y ambos pueden ser igualmente honorables para un hombre bueno. Preferiría, extraño como pueda parecerle, ser un detective de carácter y prendas que un soberano débil e innoble.

El agente quedó abrumado.

—Vuestra Alteza devuelve bien por mal —dijo—. A un acto de atrevimiento responde con la más amable condescendencia.

—¿Cómo sabe usted —respondió Florizel— que no trato de corromperle?

—¡Dios me libre de la tentación! —exclamó el detective.

—Apruebo su respuesta —respondió el Príncipe—. Es la de un hombre sabio y honrado. El mundo es grande y está provisto de riquezas y hermosura, y no hay límite a las recompensas que pueden ofrecerse. El que rechazaría un millón puede vender su honor por un imperio o por el amor de una mujer; y yo mismo, que así le hablo, he visto ocasiones tan tentadoras, provocaciones tan irresistibles a las fuerzas de la virtud humana, que me he alegrado de seguir sus pasos y encomendarme a la gracia de Dios. Es así, gracias a ese hábito modesto y decoroso solo —añadió—, como usted y yo podemos caminar por esta ciudad con el corazón sin mancha.

—Siempre había oído que era usted valiente —respondió el agente—; pero no sabía que fuera usted sabio y piadoso. Dice la verdad, y la dice con un acento que me llega al alma. Este mundo es en efecto un lugar de prueba.

—Estamos ahora —dijo Florizel— en mitad del puente. Apoye los codos en el parapeto y mire hacia abajo. Así como el agua que corre abajo, las pasiones y complicaciones de la vida arrastran la honradez de los hombres débiles. Déjeme contarle una historia.

—Recibo las instrucciones de Vuestra Alteza —respondió el hombre.

E imitando al Príncipe, se recostó contra el parapeto y se dispuso a escuchar. La ciudad estaba ya sumida en el sueño; de no haber sido por la infinidad de luces y el perfil de los edificios contra el cielo estrellado, habrían podido estar solos junto a algún río campestre.

—Un oficial —comenzó el príncipe Florizel—, hombre de valor y talento que había ascendido ya por mérito a un rango eminente y ganado no solo admiración sino respeto, visitó, en hora desgraciada para su paz de espíritu, las colecciones de un príncipe indio. Allí contempló un diamante tan extraordinario por su tamaño y su belleza, que desde ese instante no tuvo más que un deseo en la vida: el honor, la reputación, la amistad, el amor a la patria, todo lo estaba dispuesto a sacrificar por ese trozo de cristal chispeante. Durante tres años sirvió a ese potentado semibárbaro como Jacob sirvió a Labán; falsificó fronteras, fue cómplice en asesinatos, condenó y ejecutó injustamente a un oficial compañero que tuvo la desgracia de disgustar al Rajá con alguna libertad honrada; finalmente, en momento de gran peligro para su patria, traicionó a un cuerpo de sus compatriotas y permitió que fueran derrotados y masacrados por miles. Al fin había acumulado una fortuna magnífica y traído a casa el diamante codiciado.

»Pasaron los años —continuó el Príncipe—, y al fin el diamante se pierde por accidente. Cae en manos de un joven sencillo y laborioso, estudiante, ministro de Dios, que empieza una carrera de utilidad e incluso de distinción. También sobre él se lanza el hechizo; abandona todo, su sagrada vocación, sus estudios, y huye con la gema a un país extranjero. El oficial tiene un hermano, hombre sagaz, audaz, sin escrúpulos, que descubre el secreto del clérigo. ¿Qué hace? ¿Se lo dice a su hermano, avisa a la policía? No; sobre este hombre también ha caído el encanto satánico; tiene que tener la piedra para sí. A riesgo de cometer un homicidio, narcotiza al joven sacerdote y se apodera de la presa. Y ahora, por un accidente que no importa a mi moraleja, la joya pasa de su custodia a la de otro, que aterrado por lo que ve la entrega al cuidado de un hombre en alta posición y por encima de sospecha.

»El nombre del oficial es Thomas Vandeleur —continuó Florizel—. La piedra se llama el Diamante del Rajá. Y —abriendo de repente la mano— lo tiene usted aquí ante sus ojos.

El agente retrocedió con un grito.

—Hemos hablado de corrupción —dijo el Príncipe—. Para mí este trozo de cristal brillante me es tan repugnante como si estuviera cubierto de gusanos de muerte; es tan horrible como si estuviera compuesto de sangre inocente. Lo veo aquí en mi mano y sé que brilla con fuego del infierno. No le he contado más que la centésima parte de su historia; lo que ocurrió en épocas pasadas, a qué crímenes y traiciones incitó a los hombres de antaño, la imaginación tiembla de concebirlo; años y años ha servido fielmente a las potencias del mal; basta ya, digo, de sangre, basta de deshonra, basta de vidas y amistades rotas; todas las cosas llegan a su fin, lo malo lo mismo que lo bueno; la pestilencia igual que la música hermosa; y en cuanto a este diamante, que Dios me perdone si obro mal, pero su imperio termina esta noche.

El Príncipe hizo un movimiento repentino con la mano, y la joya, describiendo un arco de luz, se precipitó con un chapuzón en las aguas del río.

—Amén —dijo Florizel con gravedad—. ¡He matado un basilisco!

—¡Dios me perdone! —exclamó el detective—. ¿Qué ha hecho Vuestra Alteza? Estoy arruinado.

—Me parece —respondió el Príncipe con una sonrisa— que mucha gente acomodada en esta ciudad podría envidiarle su ruina.

—¡Ay, Vuestra Alteza! —dijo el agente—. ¿Y me ha corrompido después de todo?

—Parece que no había remedio —respondió Florizel—. Y ahora sigamos hacia la Prefectura.

No mucho después se celebró con gran intimidad el matrimonio de Francis Scrymgeour y Miss Vandeleur; y el Príncipe actuó en esa ocasión de padrino. Los dos Vandeleur tuvieron algún rumor de lo que había ocurrido con el diamante; y sus vastas operaciones de buceo en el río Sena son el asombro y la diversión de los ociosos. Es verdad que por algún error de cálculo han elegido el brazo equivocado del río. En cuanto al Príncipe, ese personaje sublime, habiendo cumplido ya su papel, puede irse, junto con el autor árabe, de cabeza al espacio. Pero si el lector insiste en información más específica, me complace decirle que una revolución reciente le arrojó del trono de Bohemia, como consecuencia de su continuada ausencia y edificante descuido de los negocios públicos; y que Su Alteza regenta ahora un estanco de puros en Rupert Street, muy frecuentado por otros refugiados extranjeros. Voy allí de cuando en cuando a fumar y charlar, y le encuentro tan gran personaje como en los días de su prosperidad; tiene un aire olímpico detrás del mostrador; y aunque una vida sedentaria empieza a notársele en el chaleco, es probablemente, bien mirado, el más apuesto estanquero de Londres.